



Vida y Poesía

Ernesto

García Ladevese



Índice

- «Baladas y Cantares» (1867)
- «Fuego y Cenizas» (1868)
- «Meditaciones» (1869)
- «Olas del mar» (1870)

Ya que de poesía se trata comencemos, antes que nada por leer un poema de estos años convulsos de la Historia de España en los que vivió Ernesto García Ladevese. Estamos hablando de los últimos años del reinado de Isabel II, del fin de aquella época de espadones y monigotes reales que Valle-Inclán retrató con crueldad en «El Ruedo Ibérico». De la revolución de septiembre, de la «Gloriosa», que cambió a España, cuando Isabel II huyó a Francia, abandonando un país que ya estaba harto de ella. De los años de la muerte del general Francisco de Narváez, Duque de Valencia, que ya había sido presidente del gobierno en 1844 y que había estado saliendo y entrando del poder durante más de 20 años. De la búsqueda desesperada de un rey constitucional para España, llevada a cabo por Juan Prim, uno de los protagonistas de la «Gloriosa» y enemigo acérrimo de los Borbones. De la llegada a España de Amadeo de Saboya, el rey constitucional que se buscaba, que encontró en España, como regalo de bienvenida, el cadáver de su principal valedor, el propio Prim, muerto a balazos en la calle del Turco, en un atentado que aún hoy permanece envuelto en las sombras del misterio. De la abdicación de Amadeo de Saboya, tras dos años y tres meses de reinado en los que nunca consiguió hacerse con el poder. Del ilusionado nacimiento de la primera república española que murió once meses después, devorada por las luchas internas, y habiendo tenido cuatro presidentes en tan breve tiempo. De la restauración canovista y del sorprendente mantenimiento y consolidación de la fórmula del político malagueño, acosada en sus primeros años por conspiraciones tanto carlistas como republicanas.

Y en aquellos años, llenos de acontecimientos, conspiraciones, pronunciamientos, cambios, ejecuciones, batallas, se escribía sin embargo poesía íntima, personal, melancólica. Poesías como ésta:

Recuerdos

I

De aquella tarde que juntos
por las orillas del mar
íbamos los dos alegres
mirando su inmensidad, y
te dije de mi alma
el hondo y amante afán
mientras dulce y sonriente
mostrabas tu hermosa faz...
¡Ay, ilusión de mi vida!...
¿A que no te acuerdas ya?

II

De aquella noche que juntos
fuimos al templo a rezar
donde mil luces te daban
su resplandor celestial,
y brillabas cual la Virgen
que estaba sobre el altar...
De aquella noche en que, loco,
tu semblante angelical
contemplaba extasiado,
pensando en ti, nada más...
¡Ay, ilusión de mi vida!...
¿A que no te acuerdas ya?

III

De aquella triste mañana
en que tuve que marchar
y me apretaste la mano
con hondo y ardiente afán...
¡Ay, qué triste estaba el cielo!
¡Qué triste estaba la mar!
¡Qué triste estaba mi alma,
que te iba a perder quizá!
¡Qué amargamente lloré
sin que me vieras llorar!
De aquel momento, alma mía,
¿a que no te acuerdas ya?

IV

Del pañuelo que agitabas
al ver el coche marchar
que me alejaba de ti,
¿podré olvidarme? ¡Jamás!
¡Qué dulce adiós era el tuyo!
¡Con que cariñoso afán
hasta perderte de vista
te vi el pañuelo agitar!...
De esos hermosos instantes
que en mí no se borrarán...
¡Ay, alma del alma mía!
¿A que no te acuerdas ya?...

Una preciosa poesía de un inconfundible aire becqueriano. Todo está ahí: versos cortos de arte menor, rima asonante en los versos pares, sencillez expresiva, presencia de estribillos, tono íntimo y personal. El tema, el lamento por la inconstancia de la amada, la amada de hermosa faz, y la contraposición con el poeta, amante constante que no ha olvidado su amor, es también característico de Bécquer, así como el empleo de la segunda persona, dirigiéndose a esa amada que le ha traicionado. También encontramos otras características tales como el uso de los paralelismos, el empleo de los signos de admiración, las repeticiones sistemáticas de palabras al inicio de varios versos. No sería sorprendente encontrar este poema en las Rimas, dentro del segundo grupo, cuando el poeta se lamenta por el amor perdido y reprocha a su amada su abandono.

Pero por más que busquemos en el libro de las Rimas no encontramos esta poesía. Preciso es pues reconocer que no forma parte de la gran obra de Bécquer. ¿Tal vez una obra anónima, de dudosa autoría, una de las que se han atribuido a Bécquer, de esas que los críticos y especialistas discuten ferozmente si salió o no de la pluma del poeta sevillano, mientras se tiran a la cabeza datos, argumentos, fechas y tajantes descalificaciones vestidas de palabras amables?

Tampoco es el caso. La poesía está perfectamente localizada y firmada por su autor, un individuo absolutamente desconocido, un tal Ernesto García Ladevese.

Ya puestos aquí es fácil imaginar lo siguiente. Por una cruel ironía del destino, Bécquer, el poeta que no ganó ninguna batalla en vida, las ganó todas después de muerto. Sus Rimas, publicadas apenas un año después de su muerte, como un intento desesperado de conseguir algo de dinero para su familia, fueron un éxito rotundo y su prestigio desde entonces no ha dejado de crecer. Sin duda Ladevese, como tantos otros, leyó las Rimas, se empapó de sus formas y contenidos, descubrió una nueva forma de hacer poesía y la siguió. No es tan extraño el caso de seguidores que imitan a la perfección el estilo y las formas del maestro. En el caso de Bécquer, incluso, se llegó a la falsificación y durante casi cincuenta años (entre 1923 y 1970), un poeta seguidor de Bécquer logró colar entre los versos de Bécquer dos poemas suyos de tal manera que muchos lectores los leyeron y recitaron como obra del sevillano. Tal vez alguno recuerde el principio de una de esas falsas rimas, titulada «A Elisa»

Para que los leas con tus ojos grises,
para que los cantes con tu clara voz
para que llene de emoción tu pecho
hice mis versos yo

Fue Fernando Iglesias Figueroa el autor de esta rima, que había publicado en 1916 en un libro suyo, que no tuvo éxito y que volvió a publicar en 1923, pero como parte de una serie de textos de Bécquer que había encontrado en sus investigaciones: Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer. Entre muchos textos auténticos Iglesias Figueroa colocó, de su propia cosecha, dos rimas, dos leyendas, una carta desde mi celda y una serie de cartas personales. Con todo ello forjó la superchería de una supuesta musa del poeta sevillano, Elisa Guillén, a quien habría dedicado Bécquer las Rimas. Si a tal extremo de imitación se había llegado no es raro que este otro seguidor del que hablamos, Ernesto García Ladevese se acercase también tanto a las formas y modos de su modelo.

Pero no obstante hay un problema para esta interpretación: la fecha. Y es que el poema de García Ladevese es de 1868, el año de la Gloriosa, de la caída de Isabel II, del golpe auspiciado por Prim, Serrano y Topete. Un año en el que Gustavo Adolfo Bécquer es un periodista que ha publicado numerosos artículos, varios cuentos, otras obras diversas y apenas algunos pequeños poemas en los periódicos. Conocido, sin duda, como periodista y como director de publicaciones, incluso como escritor de cierto prestigio inclinado resueltamente al partido moderado, no era célebre en absoluto como poeta. No, desde luego lo suficiente para generar un imitador tan consciente y perfecto como Ernesto García Ladevese.

Llegados a este punto es cuando un investigador se frota las manos, entusiasmado, viendo que ha encontrado no un imitador, sino un precursor o al menos un contemporáneo independiente: alguien que ha llegado al mismo fin que Bécquer, pero sin influencias suyas, una prueba de que el intimismo poético de la segunda mitad del XIX era un movimiento literario y no la obra de una sola persona.

Pero, ¿quién es este Ernesto García Ladevese? ¿De quién estamos hablando? Nació Ladevese en Castro-Urdiales el 9 de Junio de 1850. Sus padres eran Saturnino García de la Puente y Amalia Ángela de Ladevese y Portillo y fue bautizado como Ignacio Ernesto Eugenio García de la Puente y Ladevese. El padre, Saturnino García de la Puente, era natural de Santa Cruz del Toro, en la provincia de Burgos, así como sus padres, José García de la Puente y Antonia Tuero. La madre de Ladevese era de Castro-Urdiales, así como la abuela materna, Ignacia de Portillo. El abuelo, Ignacio Ladevese, aunque establecido en Castro-Urdiales, había nacido en Bilbao y era de familia francesa. La familia conservaba, sin duda, muchas relaciones con Francia y ello se echa de ver en el gran conocimiento del francés que tenía Ladevese, y que tan útil le fue durante sus años de exilio, así como su educación literaria y artística, totalmente volcada hacia Francia.

Hasta 1875 su vida había sido la de un escritor y periodista. Estudió leyes en Madrid y pronto comenzó su carrera literaria. Baladas y Cantares es de 1867 y fue publicada en Madrid, lo mismo que su siguiente libro Fuego y Cenizas (1868). Antes ya había publicado versos y artículos en diversos periódicos y revistas de la capital: Las Novedades, La Violeta, El Bazar, Gil Blas y El Museo Universal. En 1869 publicó en Albacete Meditaciones y en 1870 Olas del mar en Madrid. Estos cuatro libros representan su aportación a la poesía. Después va a publicar algún poema suelto, y en Fuera de la patria reúne varios de ellos, pero no volverá a

publicar un libro de poemas. Es por lo tanto un poeta de juventud que escribe la mayor parte de su obra entre los 16 y los 20 años. Izquierdista, republicano y afincado en Madrid, es claro que poca relación tendría con los poetas santanderinos de aquellos años, todos tradicionalistas, católicos y conservadores. Así, por ejemplo, José María de Cossío encuentra en él una considerable distancia geográfica e ideológica con los poetas del norte. Sólo parece conocer a Evaristo Silió y Gutiérrez de quien toma unos versos como epígrafe de una de sus composiciones.

Su dedicación a la novela fue también muy temprana, entre 1867 y 1869 publicó *Los claveles rojos*. En 1872: *La honra de la mujer* y *La carcajada*. Después vendrían *Las grandes miserias* o *Historia de dos crímenes* (1874), *El corazón de una madre* (1875), *El sueño* (1882), *El ídolo* (1897) y *Los misterios de Madrid* (1910). Además dos novelas que no hemos conseguido datar: *Los claveles rojos* y *La hija del corsario*.

Especializado en el folletín de tema social, en la línea de Ayguals de Izco, con quien compartía puntos de vista y tendencias ideológicas, sus novelas se centran en ambientes urbanos y en conflictos sentimentales complicados con diferencias sociales. Al comienzo de su carrera ambienta sus novelas en Francia, probablemente influenciado por su buen conocimiento del francés y de la literatura francesa. Pero enseguida quiere acercar sus temas a España y *La honra de la mujer*, ya está ambientada entre Castro-Urdiales, su pueblo natal, Madrid y varios puntos más de España. El joven escritor, ya metido de lleno en la política sigue todavía recordando con nostalgia su pueblo natal:

«Todo el que conozca la costa de Cantabria se habrá detenido en un pueblo que besan las olas, encantador por su poética posición y por la pintoresca amenidad de sus alrededores». Así comienza *La honra de la mujer*, una truculenta historia en la que Ladevese, a lo largo de dos gruesos tomos de 711 y 778 páginas, desgrana los múltiples infortunios de dos muchachas castreñas enfrentadas a la persecución y a las desgracias, que viene siempre causadas por los poderosos y por la religión. El final de la novela resulta muy expresivo de esa tendencia antiaristocrática y anticlerical de Ladevese. Una de las protagonistas se refugia en un convento, buscando un refugio y adopta el nombre de Sor Arrepentimiento, pero uno de sus enemigos, un malvado, lujurioso y cruel sacerdote descubre su escondite gracias a la ayuda de una perversa marquesa, se hace confesor del convento, impone a Sor Arrepentimiento tan bárbaras penitencias que la desgraciada monja muere y no contento con eso hace inscribir en su lápida funeraria una condena y un insulto final.

Es autor además de dos interesantes libros de memorias y recuerdos: *Fuera de la patria* y *Memorias de un emigrado*, en los que se puede conocer de primera mano el mundo de las conspiraciones desde 1875 a 1886, los años álgidos de las intentonas republicanas. *Fuera de la patria*, publicado mientras estaba en el exilio, en París, tiene una dedicatoria en la que queda patente, como en la totalidad de estos dos libros, su fe republicana: «A los que están dentro y a los que están fuera, mirando hacia el porvenir a través de las nubes del presente y vislumbrando las ideas por encima de los hombres». A esta fe republicana y a los empeños que a ella dedicó su autor se refieren las *Memorias de un emigrado*.

El 11 de febrero de 1873 se proclamó la primera República española. El régimen sólo iba a durar once meses, hasta el 3 de enero de 1874 y en ese breve espacio de tiempo la república iba a conocer cuatro presidentes: Estanislao Figueras, Francisco Pi y Margall, Nicolás Salmerón y Emilio Castelar.

Los once meses republicanos no fueron sino la culminación de un período de inestabilidad política que comenzó en 1868, cuando el pronunciamiento dirigido por Juan Prim culminó en el derrocamiento y expatriación de Isabel II. El gobierno provisional que se formó a continuación fue presidido por el general Francisco Serrano, Duque de la Torre, vencedor en el campo de batalla contra las últimas tropas isabelinas. En él figuraban como ministros, entre otros, Juan Prim (Guerra) y Manuel Ruiz Zorrilla (Fomento). Prim era el verdadero promotor del golpe y el líder del movimiento. Ruiz Zorrilla, uno de los jefes de los progresistas. También estaba en el gobierno, con la cartera de Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta, que iba a hacer amplia carrera años más tarde, en la Restauración.

Las cortes constituyentes elaboraron la constitución española de 1869 en la que tras arduos debates entre monárquicos y republicanos, se definía España como una Monarquía. Tras la aprobación de la constitución Serrano fue nombrado regente y Prim jefe de gobierno. Ruiz Zorrilla se mantuvo en el gobierno de Prim, primero como ministro de Fomento y después en Gracia y Justicia.

En 1870, el 16 de noviembre, fue elegido rey de los españoles Amadeo, Duque de Saboya, el candidato al trono propuesto por Prim. Pocos días más tarde el 27, Juan Prim es asesinado, sin que aún hoy se sepa con seguridad la autoría, y Amadeo se encuentra sin ningún valedor.

El 11 de febrero de 1873, Amadeo de Saboya se ve obligado a abdicar. Durante ese tiempo ha tenido como jefes de Gobierno a Serrano, Ruiz Zorrilla, el almirante Malcampo, Sagasta, otra vez Serrano y otra vez Ruiz Zorrilla. Fue en el primer gobierno de Ruiz Zorrilla cuando se produjo la confrontación entre Ruiz Zorrilla y Sagasta que orientó al primero hacia la izquierda del partido progresista y a la alianza con los republicanos mientras que Sagasta iniciaba el camino que le llevaría a ser uno de los puntales de la restauración borbónica.

La república tuvo una vida tempestuosa. El primer presidente Estanislao Figueras tuvo que hacer frente a un intento de golpe de Estado promovido por el presidente de la asamblea, Cristino Martos. Ante las presiones federalistas, renunció a la presidencia ante las cortes que proclamaron la república federal y nombraron presidente a Pi y Margall. Unos 40 días después, el gobierno de Pi dimitía y era nombrado presidente de la república Nicolás Salmerón. Salmerón quería imponer el orden y bajo sus órdenes el ejército controló diversos brotes revolucionarios entre ellos el de Cartagena. Pero el 9 de agosto Salmerón dimitió por razones de conciencia, negándose a firmar sentencias de muerte para los rebeldes. El 7 de septiembre es elegido Castelar presidente de la república. El 2 de enero de 1874 Castelar pierde un voto de confianza en las cortes y dimitió. El General Pavía hace entrar a las tropas en el congreso y quedan disueltas las cortes y suspendidas las garantías constitucionales. Francisco Serrano, duque de la Torre se encarga de formar gobierno. El

gobierno de Serrano constituyó un interregno hasta la definitiva restauración de la monarquía que se produciría el 29 de diciembre de 1874, con el pronunciamiento en Sagunto del General Martínez Campos. Tras el pronunciamiento de Martínez Campos los políticos republicanos no reaccionan con prontitud. Desunidos entre ellos, no fueron capaces en ningún momento de formar un frente común. Se podía hablar de cuatro fracciones encabezadas respectivamente por Castelar, Figueras, Ruiz Zorrilla y Pi y Margall, con Salmerón formando parte del grupo de Ruiz Zorrilla pero luego independizándose y formando su propio partido. Pi y Margall y Figueras eran ambos partidarios del federalismo y su presencia en la vida política de la restauración fue desde un principio escasa, yendo después en franca disminución. Opuestos a la violencia desistieron siempre de llegar a la república a través de un golpe de estado. Castelar representa el lado más conservador de los republicanos. Defensor de la legalidad como principio básico de comportamiento, jamás aceptó el golpe de estado y criticó duramente los intentos de Ruiz Zorrilla de instaurar la república mediante la violencia. Salmerón y su partido participaron en la política de la restauración y poco a poco, junto con la mayoría de los progresistas que habían colaborado con la república se integraron en la Izquierda Dinástica, partido fundado por Serrano, formando parte de esta manera de la estructura de la restauración.

Ruiz Zorrilla quedó solo en el exilio, defendiendo el golpe de estado como forma de instaurar la república y tejiendo sin cesar conspiraciones, que nunca llegaron a tener éxito.

En muchas de estas conspiraciones participaría Ernesto García Ladevese. Cuando en el otoño de 1874 cae la primera república Ladevese tenía 24 años. Republicano de corazón y declarado enemigo de Cánovas del Castillo y de la restauración borbónica, Ladevese se lanza a la política con el mismo ardor y entusiasmo que había dedicado a la literatura. De la misma manera que fue poeta a los 16 años y novelista a los 17, fue conspirador a los 24 y durante 12 años, de 1874 a 1886, se jugó la vida entrando y saliendo en secreto de España, entrevistándose con conspiradores y militares republicanos, huyendo de la policía, del ejército y de los agentes secretos del gobierno. Fue uno de los agentes más activos, quizás el que más, del promotor de todas las conspiraciones republicanas que intentaron derrocar a Alfonso XII y la restauración borbónica: Manuel Ruiz Zorrilla. Eduardo González Calleja ha estudiado de forma exhaustiva y detallada la historia de las conspiraciones durante la restauración. Remitimos al lector a su libro¹ para mayor información, pero hay que advertir que fueron bastantes más de las que nos cuenta, en primera persona, Ladevese.

De la lectura de González Calleja queda clara la estrategia del incansable conspirador Ruiz Zorrilla: pronunciamiento militar que consiga un cambio de gobierno o de régimen. No hay apenas intervención de elementos civiles, ni participación popular. El éxito de la conspiración radica en conseguir que varios grupos de militares se levanten en armas en diversos puntos de la península. Es el esquema típico del pronunciamiento español, con apenas derramamiento de sangre e incluso, idealmente, sin ninguna violencia. El mismo esquema que utilizó Martínez Campos en el pronunciamiento de Sagunto

que dio origen a la Restauración. El problema para los republicanos era que para que el pronunciamiento tuviera éxito era preciso una extrema debilidad de las estructuras del estado. Ruiz Zorrilla, Ladevese y sus compañeros nunca supieron ver que ese no era el caso de la Restauración, y que el sistema canovista había venido para quedarse.

Pero el entusiasta revolucionario que era Ladevese nunca se desanimaba por una derrota. José María Jover ha trazado el retrato tipo del burgués revolucionario, protagonista de conspiraciones, revoluciones y agitaciones desde 1868 hasta la restauración: «Se trata del "agitador", es decir del político de café, mitad político, mitad literato, generalmente provinciano, protagonista de la bohemia madrileña del tercer cuarto del siglo XIX»². Un retrato en el que Ernesto García Ladevese encaja admirablemente.

De esta manera García Ladevese nos va a contar varias conspiraciones y proyectos

29 de mayo de 1875. Pronunciamiento abortado en sus inicios dirigido por el diputado valenciano Emigdio Santamaría y Ruiz Zorrilla (Capítulo 1).

1878. Entrevista de Bayona entre Serrano y Ruiz Zorrilla. Contactos con Sagasta y Topete. En un primer momento se plantean actuar en Septiembre y luego se retrasa el golpe para fin de año. No llega a producirse por la actuación de la policía, el registro de los papeles de Ruiz Zorrilla y las delaciones de los confidentes. (Capítulo 4).

Agosto de 1883. Pronunciamiento planeado para producirse en un primer lugar en Valencia, Burgos y Badajoz, y posteriormente en Alicante, Castellón, Logroño, Zaragoza, Lérida, Sevilla y Pamplona. Un cambio de fechas impidió una coordinación eficaz de los insurrectos. Al final sólo participaron las tropas de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada y La Seo de Urgel (no completas), debiendo huir todas ante el acoso de las fuerzas gubernativas. (Capítulos 7, 8 y 9).

Abril 1884. Pronunciamiento preparado en Barcelona y Cartagena, junto con la entrada de tropas de emigrados republicanos por la frontera de Francia. Sólo hubo una pequeña rebelión en Santa Coloma de Farnés (Gerona) y el intento de entrada de un pequeño grupo de republicanos en territorio español, intento saldado con la muerte del oficial al mando del grupo republicano. (Capítulos 10 y 11).

1886. Golpe de Estado dirigido por el general Villacampa. Tras muchos aplazamientos el plan era la rebelión de tres escuadrones en Madrid y de otros en Alcalá de Henares, y toma por la fuerza del ministerio de gobernación. No se consiguió esto último ni la sublevación en Alcalá de Henares. Sólo dos regimientos se unieron a Villacampa, y la escasez de fuerzas, el nulo apoyo de la población y el fracaso de Villacampa al intentar el apoyo de los artilleros sentenciaron la intentona, que fue la última de los republicanos de Ruiz Zorrilla o al menos la última de cierta entidad.

Las Memorias de un emigrado fueron apareciendo por entregas en el periódico El Liberal, desde el 25 de Enero de 1891 hasta el 22 de Enero de 1892. Fueron en total 51 artículos que al principio aparecían formados por Ariel. A raíz de ataques en otros periódicos (El Imparcial y La República) en los que se afirma que el autor es Ruiz Zorrilla, Ladevese publica una carta en El Liberal a primeros de noviembre de 1891, en la que reclama su

autoría. En 1892 sale el libro, en el que se añaden tres nuevos capítulos a los que ya habían sido publicados en los periódicos.

Ladevese escribe apenas 5 años después de la «villacampada», dieciséis después de sus inicios revolucionarios. Su libro no es una reflexión ni una muestra de arrepentimiento. Se trata de una reivindicación de los combatientes republicanos que sienten que no han sido bien tratados por las historias y los periódicos del régimen canovista. Por ello su libro es un relato absolutamente maniqueo en el que todos los republicanos, sin excepción, son virtuosos, honrados y patriotas.

El libro está escrito en primera persona con un estilo ágil, rápido y ameno, que delata al periodista que era Ladevese. En sus páginas la conspiración republicana aparece como una trepidante novela de aventuras con un protagonista que viaja constantemente, que se entrevista con jefes revolucionarios, en oscuros refugios o en plena calle, que se salva más de una vez de ser capturado por la policía o el ejército, que está a punto de conseguir el premio varias veces y que siempre se ve decepcionado al final.

Resulta a veces enternecedor el mantenimiento de la fe republicana de Ladevese y sus compañeros cuando somos testigos de como de derrota en derrota van avanzando hacia el más absoluto de los fracasos. El propio autor a veces es consciente de lo ridículo de la situación y es impagable, por ejemplo, la siguiente escena:

Un destacamento de la guardia civil, registra una diligencia, buscando a un general republicano, desterrado en Francia, y que ha entrado clandestinamente en España para promover la revolución. En la diligencia está el general, fácilmente reconocible por una patriarcal barba blanca que le cubre el pecho. El sargento registra las identidades de los viajeros, examina el interior de la diligencia, llama aparte al pasajero de la barba blanca y le dice en voz baja: «Mi general, por Dios, cierre usted bien la maleta, que se ve que lleva usted ahí el uniforme».

Pero no por ello desmaya la fe republicana del incansable conspirador, que a pesar de la inacabable serie de derrotas mantiene siempre ante todo y ante todos su convencimiento en la victoria de los republicanos. El lector llega a desear esa victoria, a esperar que alguna vez las idas y venidas de Ladevese acaben con un éxito. Pero la historia es implacable y el autor de las Memorias apenas pudo disfrutar de unas horas una noche, en Madrid, junto a Villacampa, en las que pudo creer que, por fin, su éxito había llegado.

Tras del fracaso de Villacampa, los pronunciamientos republicanos no volvieron a producirse. Ruiz Zorrilla, desanimado, comenzó a acariciar la idea de su regreso a España, que se produjo en 1895, poco antes de su muerte. Ladevese continuó su carrera de periodista, primero desde París y luego ya en España. Colaborador habitual del periódico argentino La Nación, fue compañero y amigo de Rubén Darío, que le recuerda en los primeros años del siglo XX, cuando ya Ruiz Zorrilla, Cánovas y Castelar habían muerto. Ladevese y Darío hicieron amistad con los jóvenes escritores que empezaban a despuntar: Pío Baroja, Jacinto Benavente, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez...

Pero el periodista castreño no abandonó su dedicación a la política y en 1897 toma parte en la fundación de la Unión Republicana Nacional, con un

directorio republicano compuesto por Salmerón, Azcárate, Muro, Sol y Ortega, Esquerdo y el propio García Ladevese. La Unión Republicana Nacional iba a ser parte fundamental del Bloque de izquierdas, que iba a protestar contra el gobierno por la famosa «Semana trágica» de Barcelona. En 1910 ese Bloque de Izquierdas se presenta a las elecciones y consigue un éxito con la elección de sus dos principales candidatos. Pérez Galdós y el Doctor Esquerdo. Ladevese tomó parte en los trabajos del bloque y trabó amistad con Pérez Galdós que le menciona brevemente en el último de los Episodios Nacionales, Cánovas, escrito en 1912, en el que Ladevese aparece como activo conspirador y como hombre de bien.

En 1915, muere Ernesto García Ladevese. Si hubiera llegado a 1930 podría haber contemplado la llegada de la república española, a la que dedicó tanto de su vida.

Menos tiempo dedicó a la poesía, que fue sin embargo su vocación más temprana. Tanto que su primer libro, Baladas y cantares, está publicado cuando su autor cuenta tan sólo con 16 años según nos dice su prologuista, José Joaquín Jiménez Delgado. El breve prólogo de este semidesconocido escritor andaluz nos da también algunas otras informaciones sobre Ladevese: sus primeras lecturas de poesía fueron Espronceda, Martínez de la Rosa y Francisco Zea, siente un interés muy elevado por la poesía popular y quiere seguir la línea que ha inaugurado poco años antes el poeta extremeño, Vicente Barrantes, con sus Baladas Españolas.

En realidad, el género de la balada había ya aparecido en España años antes de la publicación del libro de Barrantes. Se llamaba «balada» a una composición poética escrita en estrofas iguales, que por lo común trataba de leyendas nacionales, tradiciones populares o recuerdos sentimentales y melancólicos. En realidad tiene muchos puntos de contacto con el tradicional romance y apenas se diferencia de éste por la forma estrófica. En 1849, en los Ecos Nacionales de Ventura Ruiz Aguilera ya había baladas y también se podían encontrar en 1853 en El libro de los cantares de Antonio de Trueba. El género llegaba de la literatura alemana donde se había convertido en uno de las formas líricas más características de la poesía romántica.

Entre las baladas que aparecen en este libro nos encontramos una con un tono becqueriano tan definido como la que hemos leído anteriormente, pero aún más temprana. Se trata de la balada treinta y uno:

Entre las brisas que, en suave acento,
rizan las olas del lago azul;
allí percibo tu puro aliento...
¡allí estás tú!

En las estrellas cuando fulguran,
en la nocturna, triste quietud,
veo tus ojos que dicha auguran...
¡allí estás tú!

En la risueña, plácida aurora
que su faz vela con blanco tul,
veo tu frente tan seductora...
¡allí estás tú!

En el plumaje del cisne bello,
donde se quiebra del sol la luz,
contemplo absorto tu blanco cuello...
¡allí estás tú!

Miro a los cielos, y allí te encuentro;
bajo mis ojos con inquietud,
miro a la tierra, y en todo te hallo...
¡y siempre tú!

Ladevese recoge la idea de representar la belleza de la amada en cuatro elementos (aliento, ojos, frente, cuello) tal como lo habían hecho Garcilaso (En tanto que de rosa y azucena) y Góngora (Mientras por competir con tu cabello) en dos célebres sonetos que trataban el tema del carpe diem. Pero aquí no es una incitación al goce y al placer antes de que el tiempo inmisericorde se lleve todo por delante lo que nos encontramos, sino una presencia de la amada en todas las cosas, en plena obsesión amorosa del poeta. La forma estrófica, con el último verso de pie quebrado sirviendo de estribillo es muy similar a la de varias de las rimas (la XLI).

De todas formas no son precisamente las baladas, lo que más destaca en este primer libro de Ladevese, sino los cantares. Y es que el libro está dividido en dos partes con treinta y seis baladas y ciento cincuenta y ocho cantares. Usa Ladevese el título de Cantares con el mismo significado que algunos años más tarde utilizó Antonio Machado en sus «Proverbios y Cantares»: poemas muy breves, la gran mayoría de una sola estrofa, de métrica popular y temática varia. Así no es raro encontrar poemas que desde su principio suenan a folclore de la montaña:

Sal a tu balcón, muchacha
mira que se pone el sol
mira que sin luz quedamos,
mira que me hieló yo.

Solo le faltaba al primer verso que la muchacha del balcón fuera morena para ser una copla cantada por el Coro Ronda Garcilaso. Y no hubiera sido raro porque las morenas aparecen más de una vez en los cantares de tono más popular. Así por ejemplo:

A un convento te han llevado
porque me quieres, morena;
yo en una cárcel estoy,
que estoy solito en la tierra.

O en esta otra

Si me miras esquiva
¡ay! me mareas:
también si cariñosa,
niña, te muestras...
¡Siempre a tu lado
he de estar, morenita,
yo mareado!

Y no deja de aparecer la fuente que en tantos cantos populares de Cantabria se menciona:

No vayas a la fuente
tan tempranito,
porque perderte puedes
en el camino...
No vayas sola;
que no faltan milanos
donde hay palomas.

Esta última poesía es una seguidilla compuesta, una de las estrofas más características de este libro de Ladevese. Así entre los ciento cincuenta y ocho cantares encontramos noventa y ocho coplas, catorce seguidillas, treinta y cuatro seguidillas compuestas, y catorce seguidillas gitanas. En el uso de estas estrofas populares está la mayor virtud del poeta. Los versos cortos, son su punto fuerte. Tiene una especial facilidad para la musicalidad que acompaña a estos versos y a lo largo de su carrera como

poeta conseguirá sus mejores logros con ellos.

En los cantares de este primer libro hay dos temáticas básicas: la amorosa y la sentenciosa. Los cantares de tipo amoroso son ciento cuatro, que podemos dividir en tres grupos. En primer lugar los que podemos llamar de «Lamento de amor», muy en la línea de la poesía popular que consisten casi siempre en un tierno reproche del enamorado a la amada que no le hace caso o a la que no se atreve a hablar:

Déjame que en tus labios
mi sed apague;
si ves que amando vivo,
¡ay! no me mates...
¿Por qué, alma mía,
al que tanto te adora
no das la vida?

* * *

Pintan ciego a Cupido,
prenda del alma
porque tú le cegaste
con tu mirada.
¡Mírame niña,
aunque ciego me dejes,
con tus pupilas!

* * *

Color azul de cielo
tienen tus ojos:
cuando hacia mí los tornas
me vuelves loco...
No los separes;
que estando loco olvido
yo mis pesares.

* * *

Cuando dulce me miras,
yo, niña, creo
que se vuelve piadoso
para mí el cielo;
y cuando esquiva,
solo das amarguras
al alma mía.

Son treinta y cuatro poemas del lamento de amor. Otros cincuenta y cuatro se dedican al requiebro, al elogio de la amada. Son los poemas del «amor positivo», el grupo más numeroso de este libro. Una excepción porque en el resto de las obras de Ladevese, el pesimismo va a ser la nota negativa. Pero todavía en este libro, el joven castreño se encuentra optimista ante el amor y feliz ante su amada:

¿Que por qué te miro, dices?
No preguntes eso, niña.
¿A dónde mira el mortal
sino al cielo de su dicha?

* * *

Lágrimas junto al río
triste vertías,
y es dulce su corriente
desde aquel día...
Por eso al valle
bajo a beber del agua.
que tú endulzaste.

* * *

Toma, bella zagala,
toma estas flores:
mira cuál van perdiendo
ya sus olores:
ve que mi aliento
las abrasa al tocarlas:
respira fuego.

Cuídalas con dulzura
y verás, niña
cuál se alzan sus corolas
llenas de vida;
y de tu alma
préstales el perfume
que me embriaga.

* * *

¿Qué es una fuente sin agua?...
¿Qué es sin flores un jardín?...
¿Qué es la brisa sin aromas?...
¡Lo que mi vida sin ti!

Pero hacia el final del libro hay un cambio de tono, la aparición de un pesimismo que se concreta en reproches a la antigua amada, ingrata, esquiva, infiel e insensible. Son diecinueve poemas del amor negativo, en los que de nuevo volvemos a encontrar muchas similitudes con su contemporáneo sevillano, Gustavo Adolfo Bécquer. Bécquer que en el año anterior, en 1866 era director de El Museo Universal, en el que Ladevese publicó poesías. Bécquer y Ladevese, tras la decepción amorosa se revuelven contra la amada y la hacen reproches. Oigamos a Ladevese:

Por el ramo que me diste
una rosa te di yo...
yo en mi pecho guardo el ramo:
¿dónde tienes tú la flor?

* * *

Al ver en el espejo
tu cara linda
se dibuja en tus labios
dulce sonrisa...
¡Cómo lloraras
si en vez de ver tu rostro
vieras tu alma!

* * *

Negra, muy negra es mi suerte
desde que tus ojos veo,
que son mi suerte tus ojos,
y son tus ojos muy negros.

* * *

Dicen tus admiradores
que son rubíes tus labios;
será verdad, pero creo
que esos rubíes son falsos.

El otro gran grupo de cantares, son de tipo filosófico o sentencioso, de tono generalmente triste, a veces más desviados al pensamiento, a veces hacia el lamento. Son estos últimos, los del lamento, los que nos vuelven a recordar a alguna de las rimas de Bécquer.

Cuando el dolor me aflige
con saña fiera,
una idea me halaga
que me consuela...
Es ¡ay! que pienso
¡que dolores y dichas
terminan presto!

* * *

En el mísero mundo
errante vivo,
y entre profundas simas
vago perdido,
y por más que ando,
tan solo precipicios
inmensos hallo.

* * *

En las aguas del olvido
saciar el alma quisiera,
pues me devora el recuerdo
de mis esperanzas muertas.

Otros cantares son más filosóficos y no pueden por menos que recordarnos algunos de los cantares que hemos mencionado de Antonio Machado.

Tras la verdad voy corriendo
con loco ardoroso afán;
y tiemblo cuando me dicen
que está cerca la verdad.

* * *

Este estrecho calabozo
al que suelen llamar mundo,
es para volar, pequeño,
y para ver muy oscuro.

Fuego y Cenizas es su siguiente libro de poemas. Aquí Ladevese adopta un tono y un punto de vista mucho más negativo, más desesperanzado, más cínico.

En realidad, Fuego y Cenizas le sirve para construir un personaje, en este caso el del poeta cuya voz oímos en este libro. Un poeta desencantado de la vida, escéptico, cansado de la sociedad, sin esperanzas, sin ilusiones, obsesionado por la muerte. Y digo construir un personaje por que tan sólo tiene Ladevese 17 años y su perfil biográfico y temperamental no encaja en absoluto con el poeta que se presenta a través de las páginas de este libro. No es imposible que un artista esté desencantado de la vida a los 17 años: es el caso del gran poeta francés Arthur Rimbaud, sólo cuatro años más joven que Ladevese y que a esa edad escandalizaba a todo París con su vida disoluta con su amante, el otro gran poeta francés, Paul Verlaine. Pero la biografía de Ladevese no encaja con esta condición y sabemos que a lo largo de su vida fue precisamente lo contrario de la imagen que a lo largo de su vida proyectó Espronceda: un hombre lleno de esperanzas, positivo, y desde su encuentro en Francia con Ernest Renan, durante el destierro, profundamente preocupado por la construcción de una moralidad laica.

Lo que nos encontramos en Fuego y Cenizas es una fuerte influencia de Espronceda y del malditismo romántico. El punto básico que sobrevuela estos versos y que da tono al libro, es el célebre poema de Espronceda «A Jarifa en una orgía» y muy particularmente de ese célebre serventesio, que fue la guía de muchos poetas de entonces:

Y encontré mi ilusión desvanecida,
y eterno e insaciable mi deseo;
palpé la realidad y odié la vida:
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Ladevese se viste con la piel de este poeta desencantado que sólo cree en la paz de los sepulcros y va desgranando alusiones a la muerte, lamentos y tristezas a lo largo de los veintiocho poemas que constituyen el libro. Algunos títulos son suficientemente expresivos: «El hoyo de la tumba», «El vacío», «Ceniza», «La muerte del día». El tono es pesimista y fúnebre. La

temática oscila entre el lamento personal por la situación de soledad y decepción del poeta, y el lamento existencial por una vida sin sentido y sin esperanzas.

Como de costumbre en Ladevese, el verso corto es su mejor baza y es el que utiliza en el que es posiblemente el mejor poema del libro: «El Baile», una composición fuertemente influida por Espronceda. Por un lado por los experimentos rítmicos de éste y por otro lado porque retoman el tema de otros versos del poema dedicado a Jarifa:

El sudor mi rostro quema,
y en ardiente sangre, rojos
brillan inciertos mis ojos,
se me salta el corazón.
Huye, mujer; te detesto,
siento tu mano en la mía,
y tu mano siento fría,
y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
¡Oh maldito sea el placer!
Vuestros besos son mentira,
mentira vuestra ternura,
es fealdad vuestra hermosura,
vuestro gozo es padecer.

«El Baile» está formado por octavillas agudas (la estrofa que Espronceda puso de moda con «La canción del pirata») y coplas también agudas. Ladevese consigue crear el ritmo enloquecido de un baile cada vez más rápido en el que se insertan los cínicos lamentos de un espíritu al tiempo sufriente y depravado.

El baile

La vida es la vida; cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.

(Espronceda)

Bailemos, bailemos;
La vida pasad...
Qué, ¿no veis las olas,
que vienen y van,
cuál pasan contentas
su vida fugaz?...
Bailemos, bailemos...
la vida pasad...
¡El hombre es la ola!
¡El mundo es el mar!

Llevado en los brazos
de sílfide hermosa
que va bulliciosa
girando doquier,
de todo me olvido...
se enciende mi mente,
y llena se siente
de inmenso placer.
Con plácido encanto
su faz mi faz toca;
un beso en mi boca
la suya imprimió...
un beso que halaga
tan solo el sentido,
que, ha tiempo, dormido
ya está el corazón!...

Por un beso vuestro
yo cien os daré...
¡Venid y besadme!...
¡Para eso valéis!

Feliz torbellino
se agita doquiera;
cual nube ligera
danzando al compás
de música grata
que llena el ambiente
y al hombre demente

incita a gozar.
No soy el que herido
su pecho ya tiene...
No soy el que viene
de dichas en pos...
Yo busco el olvido,
yo busco el estruendo...
¡Yo quiero riendo
calmar el dolor!

Llorar yo no puedo,
¡riámonos, pues!...
Ayer he llorado
por última vez.
Recuerdos de amores,
de dicha, de gloria,
¿por qué á la memoria
confusos llegáis?...
En vos yo no pienso:...
no creo ya en nada;
cual nube llevada
del viento pasáis.
Pasad, leves sombras...
pasad en mi mente
cual aura riente
que toca la mar.
La vida es recuerdo,
y ¿qué es nuestra vida?...
¡Arena perdida
en la inmensidad!

¡Creía en la gloria,
creí en el amor,
y, aun niño, mi alma
sus sueños perdió!

Mas ¡ah! ¿quién se aflige?
¡Venid a mis brazos!...
Si roto en pedazos
mi pecho ya está,
¿qué importa?... Corramos,
dancemos, riamos...
con vuestro contento
su ardor calmará.
¡Qué dulce es la vida
del hombre! ¡qué bella!...
Cubriendo su huella

se ven flores mil...
La vida es, tan solo,
feliz desvarío...
¿no veis cómo río?...
¡si ya soy feliz!...

Bailemos, bailemos;
la vida pasad...
Qué, ¿no veis las olas,
que vienen y van,
cuál pasan contentas
su vida fugaz?...
Bailemos, bailemos;
la vida pasad...
¡El hombre es la ola!
¡El mundo es el mar!

El poema va precedido de dos versos de otro célebre poema de Espronceda, El estudiante de Salamanca: «La vida es la vida, cuando ella se acaba /acaba con ella también el placer» que Ladevese toma de la escena en la que el sacrílego Félix de Montemar se ríe de las amenazas de condenación eterna que le hace la fantasmal dama a la que persigue y que finalmente le lleva al infierno eterno. Los siguientes versos del poema de Espronceda no están citados pero su espíritu está también presente en «El Baile»: «De inciertos pesares por qué hacerla esclava? / Para mí no hay nunca mañana ni ayer. / Si mañana muero, que sea en mal hora / o en buena, cual dicen, ¿qué me importa a mí? / Goce yo el presente, disfrute yo ahora, / y el diablo me lleve si quiere al morir». Este goce del presente, esta despreocupación por lo que será, que está originada por una profunda desesperanza, por un hastío en el corazón que sólo puede satisfacer brevemente el placer inmediato es lo que Ladevese retrata en «El baile». Un año después aparece *Meditaciones*, páginas en verso, el nuevo libro de poemas en el que Ladevese sigue buscando su camino poético. Pero este breve librito editado (no sabemos por qué) en Albacete, es una muestra de que el poeta castreño, en esa búsqueda de su propia vía poética, se ha extraviado completamente. El influjo ha cambiado radicalmente y Ladevese parece seguir en este libro las huellas de Campoamor, que había impulsado en una parte de su obra una poesía filosófica y moral, de largos poemas y versos largos. «El Drama Universal» un largo poema de Campoamor es de 1868 y su huella en Ladevese parece profunda. Pero la poesía al estilo de las *Humoradas* y de los *Pequeños Poemas* de Campoamor no son el mejor terreno para que se desenvuelva un poeta como Ladevese, que tiene su mejor virtud en los versos cortos, los poemas breves y el tono nostálgico. Por ello *Meditaciones* fue un fracaso, fracaso que escoció sin duda al joven poeta,

tal como se refleja en el prólogo de su siguiente libro, *Olas del mar*:
«Pensaba dejar la pluma, pero gran número de amigos, que estiman mis obras más que yo, me incitan a que conteste a los que indignamente han atacado mis *Meditaciones*. Si mis amigos creen que los ataques que se han hecho a mi última producción son indignos, ¿a qué les he de contestar? Cartas apócrifas, villanas columnas, groseros insultos... todas estas armas se han empleado para herirme. No quiero contestar a los que ni aún son dignos de llamar mi atención. Para esta clase de enemigos he tenido siempre el más profundo de los desprecios».

Una razón para estos ataques podría encontrarse en «*La redención*» en el que Ladevese presenta la pasión de Cristo como un proceso revolucionario en el que Jesús acaba convertido casi en un mártir republicano. Sin duda esta visión escrita por un republicano ferviente y militante y publicada en pleno debate constituyente, cuando las fuerzas más religiosas pronosticaban una destrucción de España a raíz de la expulsión de Isabel II, provocó críticas muy negativas.

Pero lo cierto es que la crítica tenía fácil el ataque dada la debilidad de este breve librito de apenas once poemas en el que queda claro que el Ladevese de dieciocho años no era especialista en el poema filosófico ni tampoco un profundo pensador.

Implícitamente también lo reconoce Ladevese, pues su último libro, *Olas del mar*, es un regreso a las formas de *Baladas y Cantares*, y al tema de *Fuego y Cenizas*.

El libro está dedicado a su tierra natal:

También en el mar de la vida hay olas como las que van a estrellarse al pie de las rocas. También las hay como las que tranquilas se despliegan por tu hermoso arenal.

Las olas del mar y las olas de la vida han inspirados estas páginas.

Hace dos años te prometí un libro: hoy cumplo mi promesa. Quisiera que hubiera en algo de la poesía que se respira en tu costa.

Esta dedicatoria figura al inicio del libro. Pero hay que decir, antes que nada, que más que ante un libro dedicado a Castro-Urdiales estamos ante un libro escrito en Castro-Urdiales.

Ladevese vuelve a citar versos de Espronceda, versos que aparecen en la portada del libro: «A malos trances más bríos: / como la mar es en suma / el mundo, pero en su espuma / se sustentan los navíos». Son cuatro versos pertenecientes a *El Diablo Mundo*, y forman parte de la amarga y cínica enseñanza que Adán, el protagonista del relato, recibe en la cárcel por parte del anciano Tío Lucas. Una enseñanza que conviene recordar para entender el sentido de la cita. «Este mundo es un fandango; / tú vienes y yo me voy. / Mira, de nadie te fíes, / hijo Adán, vive en acecho, / lo que guardes en tu pecho / ni aún a ti mismo confíes. / La gente... no hay un amigo: / al que cae, la caridad... / de una mala voluntad / tienes un falso testigo. / Si mojas a alguno, cuida / de endiñarle al corazón... / No se olvida una intención / y un beneficio se olvida».

Probablemente decepcionado por el fracaso de *Meditaciones* vuelve a

aparecer aquí el personaje escéptico y desengañado de Fuego y Cenizas. Pero en este libro aparece para decir adiós. A eso se dedican unas páginas iniciales en las que Ladevese expone su situación ante la poesía. Piensa que la lírica cada vez más se está echando a un lado en la vida española, ya que la política es el centro de todo, a todos absorbe y a todos preocupa. Incluso es el centro también de su vida por aquel entonces, puesto que, aunque publicado el libro en 1870, todos los poemas están fechados entre 1868 y 1869. Esto explica el tono de despedida que hay en estas páginas. Según confiesa francamente el autor, él mismo ha cambiado: «Abandona la época de los sentimientos soñados y entra en la época de los sentimientos sentidos».

De esta forma este joven de veinte años plantea la renuncia a una actividad poética que nunca reanudó con el empuje y la constancia que dedico entre los 16 y los 19 años. El reconocimiento que hace de la existencia de unos sentimientos soñados es la constatación de que el movimiento que había dado a su poesía no encajaba con su personalidad. Él no era ese remedo de Espronceda, escéptico, amargado, misántropo y egoísta que en muchos versos aparece. Su carácter y su vida le iba a llevar por caminos bien diferentes: la revolución, la actividad, la creencia en la política como forma de resolver los problemas del mundo, la filosofía moral, etc...

Olas del mar es la última aparición de ese personaje de sentimiento soñado del que Ladevese quiere despedirse con este libro. Por ello la temática sigue insistiendo en esa vaciedad, en esa decepción de la vida, en ese escepticismo que ya habíamos encontrado en Fuego y Cenizas. Son 19 poemas en los que el mar está presente como motivo o como tema. Ladevese construye varios de sus poemas sobre la metáfora de las olas como representación de la vida: un movimiento incesante sin dirección ni causa, sin finalidad, ni término, sin razón ni esperanza.

Prosiguiendo con su personaje, en muchos momentos se representa a sí mismo como un hombre ya maduro, decepcionado, cansado de la vida y escéptico. «Entre las olas» es uno de los poemas más representativos de esta tendencia. El poeta, a bordo de una barca, intenta consolar al joven remero que le lleva, triste y melancólico por amor. El poema está escrito en quintillas que Ladevese maneja con la habilidad con la que siempre aborda el verso corto y la estrofa tradicional. Al final del poema queda de nuevo la metáfora de las olas:

Tú gimes... yo voy cantando,
tú penas... yo embebecido,
del mar oigo el rumor blando.
Tú una ilusión vas buscando,
yo voy buscando el olvido.

Boga, boga sin cesar;
ya el sol en ocaso ha muerto
y más me quiero alejar...
Mientras tú miras al puerto,

yo voy mirando a la mar...

Ya la noche está tendida...
El mar que hay a nuestros pies
deja el alma adormecida...
Como esas olas que ves
son las olas de la vida.

El nihilismo de los versos, el deseo de internarse cada vez más en la mar a la noche, la renuncia al mirar al puerto: el decepcionado personaje de Ladevese llena la poesía, como ocurre en otras partes del libro. Tal es el caso de «La Romería de Mioño», poema dividido en cinco partes en las que el poeta describe la fiesta a la que acude para olvidarlo todo gracias al alcohol. De nuevo el tema del baile de Fuego y Cenizas.

¡Ay del que piensa vivir
con alma para sentir,
con ojos para llorar!
Más le valiera dormir
para nunca despertar.

¡Oh atroz desesperación
si me rindo a la pasión
del dolor que me envenena,
yo que tengo aquí una pena
en medio del corazón!

Cruel me está hiriendo aquí,
y en alegre frenesí
es preciso dominarla...
¡Ah, sí! Yo quiero matarla
antes que me mate a mí.

Compañeros, ¡a beber!
En los brazos del placer
se anda mejor el camino,
y es muy largo el que el destino
nos va haciendo recorrer.

Pensad que este breve instante
ya no ha de volver jamás...
Bebed, y nada os espante,
sin mirar lo que hay delante
ni lo que queda detrás.

Si sólo un punto es la vida,
no miréis lo que de huida
a hundirse en la nada va...
¡Dichoso el hombre que olvida!
¡Triste el que despierto está!

De nuevo usa Ladevese las quintillas como en el poema anterior. Como ocurre en otras ocasiones el verso corto es que mejor le permite presentar este estado de ánimo del poeta en el que la posición oscila entre la decepción irremediable y la agitada necesidad de olvido a toda costa. Ladevese planteó una despedida poética con *Olas del mar* y cumplió su palabra. Siguió cultivando esporádicamente la poesía, pero nunca volvió a publicar un libro dedicado a ella. La novela, la política, la conspiración y el periodismo absorbieron su actividad y le apartaron de la que fue su primera vocación. Y fue una lástima, porque las muestras que nos dejó este poeta que se retiró de la lírica sin haber cumplido los veinte años, indican que con más constancia y dedicación, con un trabajo como el que dedicó a otros asuntos, Ernesto García Ladevese podría haberse convertido en un poeta presente en la historia, en las antologías y en la atención de los críticos. Hoy es un poeta desconocido, incluso en su pueblo natal, al que dedicó un libro de poesías ya arrinconado, apolillado, y olvidado en perdido en los estantes más polvorientos de las bibliotecas. No obstante, quedan algunos de sus versos que merecen ser recordados.

«Baladas y Cantares» (1867)

Primera parte

Baladas

Introducción

Yo no canto por ceñir
a mi humilde frente lauros:
canto, porque el trovador
no vive sino cantando.

Antes, triste, derramaba
de mis ojos crudo llanto,
para calmar los dolores
del corazón solitario...

Canté, y en aquel instante
todas mis penas cesaron;
desde entonces soy feliz,
y ya solo dichas hallo.

Y con una misma lira
placer y dolores canto;
que ella es la lira del alma,
lira que tanto idolatro.

I

En su boca de nácar y de perlas
puso la niña dos hermosas flores,
sin ver que los claveles de sus labios
eran mejores.

Para adornar su virginal cabeza
un pensamiento puso en sus cabellos,

sin ver que los que había allí en su mente
eran más bellos.

Y hoy coloca feliz sobre su pecho
una rosa que el cáliz entreabría,
sin mirar que otra flor de amor perece...
¡el alma mía!

II

-¡Qué destellos tan puros
tiene la luna!
-Madre, no digáis eso,
¡si es tan oscura!
-Oscura... ¡calla!
-Páreceme muy triste
su luz tan pálida.

-¿Por qué no gozas, niña,
cuál todos gozan?
¿No ves la blanca luna
ya más hermosa?
-No, que contemplo
más oscura la lumbre
de sus destellos.

-¡Mueres, y aún tienes risas
en tu semblante!...
-Madre ¿no he de reírme?...
¡si soy un ángel!...
Veo la luna;
más su luz otros mundos
llena y alumbra.

III

Brisa ligera que las flores mece,
aura flotante que en las ondas juega,
céfiro leve que el jardín recorre
robando aromas y vertiendo perlas...
Eso es la primer risa que el infante
en sus mejillas y en sus labios muestra.

Torrente asolador que va talando
las flores de la hermosa primavera,
densa nube que oculta con sus sombras
del refulgente sol la lumbre bella...
Eso es del corazón el triste llanto
que nuestras dulces ilusiones lleva.

IV

Decidme, del hombre
¿do se halla el placer?...
Yo do quiera corrí tras sus huellas,
y nunca le hallé.

Con blanca aureola
volaba ante mí,
y, cuál nube que el viento arrebató,
perderse le vi...

¿Por qué el alma anhela
seguirle veloz?...
¡Ay, por qué, si un acento le dice
que es solo ilusión!

V

Las flores que me diste
se van, niña, secando,
y al ver como sus hojas palidecen
¡ay! tanto lloro, tanto...
que otra vez resucitan
de mis lágrimas tristes al contacto.

VI

-Responde, niño: ¿por qué te afliges?
¿Por qué tu llanto miro correr
por tus mejillas, hoy que la aurora
de los amores naciente ves?

-Esta mañana salí del valle,
de amor en busca: no le encontré;
pero ¡ay! en cambio, hirió mi alma
mirada ardiente de una mujer.

-¿Hirió tu alma? -Sí; no lo dudes.
-¡Amor sería! -Yo no lo sé;
mas, cual saeta, va penetrando,
y triste sufro más cada vez.

-El amor era; niño, no llores:
ha mucho tiempo me hirió también.
-¡Ay desgraciado, siempre creía
que amor brindaba sólo placer!

VII

-Madre, he plantado un rosal
en el jardín de mi huerto:
¡si vierais que florecillas
han nacido en poco tiempo!...
-Así irán las ilusiones
en tu corazón creciendo.

-Madre, mi pobre rosal
está desgarrando el viento...
¡Ay! las flores se deshojan...
¡Pobres flores de mi huerto!...
-Así irán las ilusiones
en tu corazón muriendo.

VIII

Azul es tu vestido,
y azules son tus ojos;
azul es tu gracioso pañizuelo,
y azul la nube que te ciñe en torno.

Yo al contemplarte digo,
con tus encantos loco:
-¡Ay, cuándo será el día en que a ese cielo,
pueda llegar gozoso!

IX

Como leves suspiros
que exhala un pecho,
así mis ilusiones
fueron muriendo...
Cual nubes vanas
que perfilan la pura

fresca mañana.

Como límpido arroyo
que en la pradera
esparciendo frescura
va por do quiera,
así mi vida,
bella, alegre y gozosa,
resbaló un día.

Mas aún vive en mi pecho
rosa lozana;
es la flor venturosa
de la esperanza...
¡Vive, flor bella;
que si te marchitaras
yo pereciera!

X

¿Por qué cierran las flores sus corolas?
Porque mueren de amor.
¿Por qué mi corazón triste suspira?
Porque de amor murió.

XI

La brisa

Yo soy la brisa ligera que va revolando,
ya dichas cantando,
ya perlas vertiendo,

ya aromas robando
de las flores
de bellos colores,
con mil ecos de inmenso placer;
sí, yo soy la brisa;
con plácida risa
sus tallos arrullo,
con sordo murmullo,
resbalando dichosa doquier.

Yo halago; yo río;
yo canto; yo vuelo;
yo subo hasta el cielo;
do quiera
ligera
tendí el vuelo mío;
que es mi vida volar y reír;
y de las flores que se alzan altivas
tiendo mi vuelo a la humilde azucena;
la flor abandono,
y juego en la arena...
y rápida huyo
a la orilla amena,
y el dulce contento
feliz me enajena;
me pierdo en el viento:
la triste verbena,
con triste lamento,
suspira de pena...
Desciendo... la halago...
y, en giro vago,
a la atmósfera vuelo serena.

Y alegre sonrío;
y bajo a la tierra
que perlas encierra
de puro rocío...
No deja mi vida
ni un pobre recuerdo.

¡Ya, en rápida huida,
en los pliegues del aire me pierdo!

XII

Como la luz temprana del claro y bello día
que entre celajes densos, espléndida se lanza
doquiera disipando veloz la noche umbría...
Así nació, anhelosa, radiante de alegría,
¡la flor de mi esperanza!

Como la luz escasa que marcha al Occidente
llevando a otro hemisferio placer y bienandanza,
y deja entre tinieblas al escondido Oriente...
Así murió, marchita, y exánime, y doliente,
¡la flor de mi esperanza!

XIII

-¿Qué son los placeres, madre?
-Tan sólo ilusiones vanas.
-¿Y el amor? -Sólo ficción.
-¿Y la dicha? ¿Y la esperanza?

-Ilusiones solamente,
que el más leve viento arrastra.
-¿También la amistad? -También.
-¿Qué es la vida, entonces? -Nada.

Mira, niña, fíngete
que el mundo es desierta playa;
que es un valle de dolores,
que es sólo un río de lágrimas...

Y si cruzando sus campos
placer y alegrías hallas,
todo reirá a tus ojos;
todo halagará a tu alma.

XIV

El amor, que era niño,
perdióse un día,
y Venus le buscaba
triste, afligida...
Cruza las selvas...
cruza los anchos campos...
mas no le encuentra.

«Ya amor no hay en la tierra;
¡pobre Cupido!»
los hombres exclamaban;
«ya se ha perdido».
Mientras su madre,
mil dolientes suspiros
daba a los aires.

Un día de los mares
corrió a la orilla,
y allí Cupido estaba...
y allí las ninfas...
¡Es que los niños
siempre van a donde hallan
dulce cariño!

XV

Cuando vertiendo flores
la primavera,
con faz riente
brilla hechicera
por el Oriente,
breves las aves

tornan al nido
con dulce acento...

¡Ay de aquellas que el nido
les llevó el viento!

XVII

Mis ilusiones fueron palomitas
que arrullan en el árbol:
el sol ya se ocultó y huyeron ellas
a un albergue, del viento resguardado.
Ya en su retiro duermen
tranquilas reposando,
sin acordarse de aquel árbol yerto
que en el campo dejaron
y a impulsos de huracán embravecido
va pereciendo triste y solitario.

XVII

Huid, ilusiones;
no más me halaguéis...
No, no más de quiméricas dichas
mi pecho inundéis.

Dejadme que viva
en hondo dolor,
ya que ha huido mi bella esperanza,
y ha muerto mi amor.

Si vanos ensueños
me hacéis concebir,
¡ay! ¿no veis cuál llorarán mis ojos

al verlos huir?...

¡Dejadme que viva
en triste pesar,
y que exhale mi aliento postrero,
de llanto en un mar!

XVIII

Con llanto de fuego
mi amor escribí;
y al mirarle grabado en mi pecho,
más pena sentí.

Hoy, solo, a mis labios
asoma la risa...
¿qué ha quedado de aquel fuego ardiente?
¡Ni aún quedan cenizas!

XIX

Vi que estabas rodeada de querubes,
y tu trono era el sol;
tenías, niña, por alfombras, nubes;
las estrellas te daban su fulgor.

Una corona, unía al de tu frente,
su vivo resplandor;
sobre tu boca plácida y riente
iba el aura veloz.

Era tu reino el cielo;

era tu esclavo yo...

¡Quedeme sin consuelo,
al ver que fue un ensueño, una ilusión!

XX

¡Qué bellas florecillas!
¡Qué puras! ¡Qué sencillas!
¡Oh, cómo esparcen sus nacientes galas
que el manso viento mueve con sus alas!

Si pudiera coger una en mi mano,
¡con qué inmensa alegría
su aroma aspiraría!

...Mas, no; no quiero: la infeliz muriera
como las ilusiones venturosas
que halagaron mi mente...
¡Hallé, al tocarlas, que eran engañosas,
y su memoria guardo solamente!

XXI

Era una tarde de otoño,
y a oscurecer iba el sol;
las campanas de los templos
daban al día su adiós.

Llena mi alma de tristeza,
las calles cruzaba yo,
viendo bullicioso al mundo

girar a mi alrededor.

Y la gente iba pasando,
y pereciendo iba el sol,
y sus débiles reflejos
daban en mi corazón.

Pero otra luz más brillante
entonces mi vista hirió;
y otra voz oí, más dulce
que de la campana el son.

Eran tu voz y tus ojos,
y mi alma se conmovió
con el eco de tu acento,
y tus ojos de candor.

Hacia mí, entonces, volviste
una mirada, veloz...
¡Ay! Y sin tú conocerlo
me llevaste el corazón!

Pasó después el invierno;
la primavera pasó:
vino otro otoño, y te vi,
al morir también el sol.

Yo te dije con los ojos:
-«¡Vuélveme mi corazón!»
¡Mas tú no me conocías,
y no respondió tu voz!

Y la gente iba pasando,
y a lo lejos se perdió
¡ay! la tirana hermosura
que lleva mi corazón!

Tú que robas corazones,
pues es tanto tu rigor,
cuando vayas por la calle
no alces los ojos ¡por Dios!...

Plácidas tardes de otoño,
tristes como vuestro sol;
¡por eso lloro al miraros!
¡por eso os amo yo!...

XXII

¿Sabéis por qué de los niños
son azules las pupilas?...
¡Porque ángeles son del cielo
que apenas la tierra pisan!

¿Sabéis por qué, cuando crecen,
se tornan de azules negras?
¡Es porque visten de luto
al ver tanta y tanta pena!

XXIII

Dices que soy en tu alma vanidosa,
como gota del cielo desprendida
que cae sobre la losa
de fría tumba entre el verdor perdida.

¡Pues gota nada más será mi anhelo:
ya lo ha dicho tu boca;
más gota que, cayendo desde el cielo,
horadará de tu desdén la roca!

XXIV

Flor solitaria de campo helado;
brisa que cruza playa desierta;
ave canora de bosque umbrío;
es el poeta.

Lo que el aroma para las flores;
lo que el acento para la brisa,
lo que las alas para las aves,
eso es su lira.

XXV

Cuando el placer mi corazón
henchía miré a la tierra,
y mi anhelo cesó pues polvo vano
mis ojos vieran.

Cuando hería mi pecho la amargura,
miré a los cielos...
¡Bendita mi amargura! ¡Qué al mirarlos
hallé consuelo!

XXVI

¡Ya muere el año, Dios mío!...
¡Un año ha pasado ya!
¡Cuántos capullos brotaron
en la campiña feraz!

¡Cuántas flores se cayeron
a impulsos del vendaval!
¡Cuántos vinieron al mundo!
¡Cuántos le dejaron ya!

Dejemos, pues, que las horas
huyan en curso fugaz,
¡que así ¡ay! el tiempo se viene
y así la vida se va!

Las hojas secas que ruedan
por el desierto arenal
recuerdan las verdes hojas
que el abril hizo brotar,

También son mis ilusiones
hojas que secas están,
y recuerdan la esperanza
que me halagó, poco ha.

Mas, vano es inútil llanto
que las horas secarán...
¡que así ¡ay! el tiempo se viene
y así la vida se va!

XXVII

¿No ves, reina adorada,
cómo el astro del día descendiendo,
se oculta tras los montes?...
¿No ves cuál se hunde ya su faz dorada
en los lejanos, anchos horizontes?...
Pues marcha avergonzado
porque tu luz, bien mío, le ha eclipsado.

Veo cuál se levanta
la sonrosada aurora,

esmaltando con oro y con topacio
las nubes que perfilan el espacio...
y ese fulgor con que aparece erguida,
esos nítidos, bellos arboles,
me dicen, dulce bien, que estás dormida,
¡pues brillan con la luz de tus dos soles!

XXVIII

Ningún dolor me atormenta;
ninguna pena me acosa:
con mi conciencia estoy solo;
con mi conciencia, y mi sombra.

Igual me es el bien que el mal;
nada la calma me roba:
ante mi vista es lo mismo
el palacio que la choza.

Para mi alma todo es luz;
para mi alma todo es sombra...
¿No es, ya riendo o llorando,
la vida una misma cosa?

Mi mundo soy sólo yo...
¡Ay! ¿Por qué, entonces, se asoman
mil lágrimas a mis ojos,
y descienden presurosas?...

No lloro amores ocultos;
no lloro desdichas hondas:
yo lloro... ¡porque estoy triste,
y las lágrimas me sobran!

XXIX

Miré las olas de la mar bravía,
que la tierra combaten sin cesar;
vi el rayo que rasgando el firmamento
baja del cielo... y no temblé jamás.

Vi la noche sin luna, sin estrellas;
la voz oí de horrible tempestad;
miré a mis pies inmenso precipicio...
y vi lo todo con serena faz.

Vi a tus ojos lanzarme una mirada,
¡y comencé a temblar!

XXX

Entre las brisas que, en suave acento,
rizan las olas del lago azul;
allí percibo tu puro aliento...
¡allí estás tú!

En las estrellas cuando fulguran,
en la nocturna, triste quietud,
veo tus ojos que dicha auguran...
¡allí estás tú!

En la risueña, plácida aurora
que su faz vela con blanco tul,
veo tu frente tan seductora...
¡allí estás tú!

En el plumaje del cisne bello,
donde se quiebra del sol la luz,
contemplo absorto tu blanco cuello...
¡allí estás tú!

Miro a los cielos, y allí te encuentro;
bajo mis ojos con inquietud,
miro a la tierra, y en todo te hallo...
¡y siempre tú!

XXXI

Cuando el día muere
las tórtolas lloran,
y, del cielo, de lluvia de llanto
descienden mil gotas.

Cuando el nuevo día
los campos colora,
llora el cielo, cual llora en la tarde,
y gimen las tórtolas.

¿Qué dicen las aves
y el cielo si lloran?...
¡Qué la vida ¡ay! es llanto en la muerte,
y llanto en la aurora!

XXXII

En la orilla frondosa del río
moraba una niña;
una niña de tez sonrosada,
de frescas mejillas.

Una flor delicada es, tan sólo,
su dulce alegría,

y en su seno, con plácido encanto,
feliz la acaricia.

Una tarde la vio un pastorcito,
del río en la orilla:
-¡Oh, que flor tan hermosa que tienes!-
le dijo a la niña.

-¡De qué flor tan hermosa eres dueña!
¡Qué rosa tan linda!
Dame una hoja, tan sólo, si quieres;
mi pecho lo ansía.

Una sola, que arranca del tallo,
le da al fin la niña:
otra el joven le pide, y ella otra
le da compasiva.

Más le pide... y al fin le da todas...
y el tallo en seguida
yerto queda... y el joven se aleja
con plácida risa.

Día y noche gimiendo su suerte
la triste suspira...
¡Que ha perdido la flor de pureza!...
¡Perdió su alegría!...

Bellas niñas que oísteis el canto
de mi pobre lira,
¡No perdáis, cual la niña del río,
la rosa más linda!

I

Enjuga ese llanto
que baña tus ojos...
¡ay! no dejes que lágrimas tristes
empañen tu rostro.

Es fuego tu llanto,
que brota ardoroso,
cuando gimes tu eterna amargura,
ahogada en sollozos.

¿No ves cuál yo sufro,
cuál sufro, y no lloro?...
¿Ves cuál burlo con plácida risa,
del mundo el encono?

La risa, tus labios
me muestren de pronto...
¡No más llores! ¡Del mísero mundo
riamos nosotros!...

II

No más, los suspiros
tu pena me digan;
que mi aliento y el tuyo se junten
en dulce alegría.

Un beso, en mis labios,
los tuyos impriman:
sus colores recobren al punto
tus dulces mejillas.

Halaga mi frente
con tiernas caricias,
y en tus brazos me rinda cautivo,
gozando mil dichas.

III

No temo a la muerte,
si, en tanto, se acerca...
¡que el placer de morir en tus brazos
la vida me diera!

XXXIV

Dos hermosos claveles miré, un día,
entreabrirse ante mí, puros, lozanos:
sus pétalos poner quise en mi boca...
¡y vi que eran tus labios!

Una noche, soñando, vi radiantes
brillar en el empíreo dos luceros:
del sueño desperté, y hallé, de pronto,
¡que eran tus ojos bellos!

Otro día, brillar vi, entre corales,
de bellas perlas multitud hermosa;
admirando quedé tales hechizos...
¡y vi que era tu boca!

¡Coral, claveles, perlas y luceros!...
Lo más bello que en cielo y tierra se halla
lo tienes en tu faz... Si así es tu rostro,
¡cómo será tu alma!

XXXV

Ángel y mujer

I

Tendía la aurora
sus cintas de plata:
sus corolas abrían las flores;
las aves cantaban.

El prado corrías
guardando en la falda
bellas rosas, y dabas al viento
tu voz delicada.

Las ondas del río
lamían tus plantas;
y la espuma riente tu hermosa
blancura imitaba.

¡Cuán bella a mis ojos
allí te mostrabas!...
¡Parecías el ángel risueño
de mis esperanzas!

II

Pasado algún tiempo,
te vi por la tarde:
¡ya no estabas rodeada de flores!
¡ya no dabas tu voz a los aires!

Tu cuello ceñían
mil rojos corales:
sus colores perdían tus labios
y flotabas en oro y encajes.

A ti alcé mi vista...
no pude mirarte...
que a mis ojos hirioles el brillo
de tus perlas y ricos brillantes.

Mis labios entonces
quisieron hablarte...
¡Y exhalar pude, sólo, un suspiro!...
¡Y vi al punto que ya no eras ángel!

III

Tus dulces encantos,
¿dónde han ido, que ya no los veo?
¿Por qué ya no brillan
tus ojos de cielo?

¿Por qué la amargura
se apodera, veloz, de mi pecho?
¿Por qué así suspiro?
¿Por qué me entristezco?

¿Por qué ya en la vida
no te miro con rostro sereno?
¡Oh, triste! ¡He perdido
mi plácido ensueño!...

Una flor tenías
que era el don más precioso del cielo...
¡También la perdiste!
¡Voló con el tiempo!

IV

¡Ay! ¡Es la inocencia
pura rosa de triste desierto!
¡Al más leve soplo
la llevan los vientos!

Segunda parte

Cantares

I

¿No escuchas esos suspiros
que el viento poblando van?...
Son los débiles acentos
¡ay! de mi triste cantar.

II

Es la vida del hombre
como un arroyo
que al mar va descendiendo
poquito a poco,
y que entre flores,
o entre zarzas y espinos
el campo corre.

III

En el jardín de la vida
flores son las esperanzas:
el desengaño es el viento
que las seca y las abrasa.

IV

Al árbol de la experiencia
le fecundizan los años,
¡ay! y a medida que crece
se va el corazón secando.

V

Cuando vas al campo, niña,
se alzan del tallo las flores
porque quieren saludar
al ángel de los amores.

VI

Tus grandes y ardientes ojos
son para mí dos estrellas
a quien llorando pregunto
si hallaré fin a mis penas.

VII

La nave de la esperanza
es un pequeño bajel:
¡ay pobre esperanza mía
si te llegas a perder!

VIII

Es el placer tan sólo
rápida sombra
que en nuestra mente vaga
y al fin se borra...
Es como nube
que el huracán empuja
y veloz huye.

IX

Dime si sabes
A dónde huyeron mis ilusiones...
¡Cuál vaga nube
las llevó el viento de tus amores!

X

Cual águila real que sube al cielo,
así voló también mi fantasía;
mas, aún aquella remontaba el vuelo
cuando ésta ya, sin alas, descendía.

XI

Es para el alma del hombre
mezquina cárcel el cuerpo;
por eso quiere volar
a otros espacios inmensos.

XII

Cuando aparece la aurora
y la saludan las flores,
mi pecho doliente llora,
porque no ve los fulgores
de tu vista seductora.

XIII

Dicen que ya es primavera,
y que todo amor respira;
pero el campo, yerto, helado,
siempre contempla mi vista.

XIV

Ya la lóbrega noche
tiende su manto,

velando con sus sombras
montes y prados.
Prados y montes
forman también la vida
triste del hombre.

El sol de la esperanza
los ilumina,
hasta que el desengaño
su luz disipa;
mas... ¡torna el alba,
y la luz jamás vuelve,
de la esperanza!

XV

¡Ah! Yo soy la tierra,
y tú eres el sol:
si no brillas de frío me muero;
si brillas... de amor.

XVI

Déjame que en tus labios
mi sed apague;
si ves que amando vivo,
¡ay! no me mates...
¿Por qué, alma mía,
al que tanto te adora
no das la vida?

XVII

Bien haces, niña, en poner
esa flor en tu cabeza:
en sus hojas puedes ver
lo que dura la belleza.

XVIII

Es la virtud humana
cual fuerte roca
que, con roncros bramidos,
la mar azota.
Siempre invencible
junto a la hermosa playa
se eleva firme.

Sin virtud es el hombre
débil barquilla
sin brújula en los mares,
sola y perdida,
que al primer viento
el inmenso océano
hunde en su seno.

XIX

¿Que por qué te miro, dices?
No preguntes eso, niña.
¿A dónde mira el mortal
sino al cielo de su dicha?

XX

Perdióseme el corazón
de la vida en el camino;
pero luego, niña, vi
que tú le habías cogido.

XXI

De sed ardiendo, en tu boca
fui mis ansias a apagar,
y apenas me acerqué a ella
se cerró a mi loco afán.

Mas después huir no pude;
que cuando quise marchar...
dirigiste a mí tus ojos
y mi alma encendiste más.

XXII

Pintan ciego a Cupido,
prenda del alma,
porque tú le cegaste
con tu mirada...
¡Mírame, niña,
aunque ciego me dejes
con tus pupilas!

XXIII

Ya llegan las golondrinas
poblando de amor los aires;
ya anuncian la primavera
por los montes y los valles.

Salid al campo, pastoras;
salid al campo, zagales;
y veréis crecer las flores;
veréis florecer los árboles.

XXIV

Vas por el campo
cortando rosas...
Si tú eres rosa, flor de mi vida,
¿por qué las cortas?

XXV

Como las hojas del árbol,
amarillas, caen al suelo,
así nuestras ilusiones,
poco a poco, van cayendo.

XXVI

Soy pájaro perdido
que, entre las ramas,
suspiros y lamentos
de amor exhala...
Tórtola errante
que cantando sus penas
cruza este valle.

XXVII

Un peregrino a tu puerta
un socorro, triste, implora...
¡Ay, niña, si eres cristiana
sal y dale una limosna!

XXVIII

Lo que es el sol a las flores,
eso eres tú para mí:
o las quema con sus rayos,
o las hace revivir.

XXIX

Tus lágrimas, niña,
tu faz embellecen...
Las lágrimas tristes que caen por mi rostro
le queman ardientes.

XXX

En mi corazón, hermosa,
grabada siempre llevo tu imagen:
es mi mejor compañera
del mundo en las tempestades.

XXXI

He soñado, vida mía,
que me hallaba junto a ti
e imprimía un dulce beso
en tus labios de carmín.

Mas, al sentir que tu aliento
me tocaba, desperté,
y dije triste: -He gozado;
que es sólo un sueño el placer.

XXXII

Dime si eres una hada
que en este valle
haces con tus encantos
cesar mis males...
¿Eres tú, dime,
la que mis dulces sueños
de amor preside?

XXXIII

Niña, ¿no te dicen nada
las hojas que caen del árbol?...
¿No las ves cuál se desprenden?...
¿No las ves cuál van volando?

XXXIV

Bella flor que de mi vida
has nacido en el sendero,
déjame aspirar tu aroma;
pues en él la dicha encuentro.

XXXV

¡Ay! Es la esperanza un árbol,
un árbol de muchas ramas;
pero ramas que se secan
según los instantes pasan.

XXXVI

¿Por qué vas a verte
al claro arroyuelo?
Si quieres ver, niña, tus dulces encantos
contempla los cielos.

XXXVII

Tu camino es de flores;
y el mío es ¡ay! de espinas:
¿Por qué extrañas que llore mi infortunio?
Di, ¿por qué extrañas que penando viva?

¡Si tú cuál yo sufieras,
valor para llorar te faltaría!

XXXVIII

En el mísero mundo
errante vivo,
y entre profundas simas
vago perdido,
y por más que ando,
tan sólo precipicios
inmensos hallo.

XXXIX

Tú eres nido de amores;
pájaro errante, yo:
dame un albergue en tu amoroso seno,
que destrozado llevo el corazón.

XL

Cuando vas por la orilla
de la mar pura,
a verte se levanta
la blanca espuma;
mas se retira
al ver que aún
es más bella
tu faz divina.

XLI

¡Ay! Mi ardiente fantasía
te ve, niña, en todas partes:
en la colina... en el prado...
en el jardín... en el valle...

XLII

Las glorias de este mundo
son leves auras
que al principio seducen
y luego cansan;
y los aplausos
que con ellas van siempre
son viento vano.

XLIII

La virtud andaba siempre

unida con la modestia,
y desde que la una falta
la otra tampoco se encuentra.

XLIV

¿No entiendes, dime, el gorjeo
de las tiernas avecillas?
Pues no tienes corazón,
permite que te lo diga.

XLV

En este mísero mundo,
¿qué mayor dicha hallar puedo
que mi querido laúd
y tus lindos ojos negros?

XLVI

Dicen que, siglos atrás,
era Cupidillo ciego;
mas, en este de las luces
ha ido los ojos abriendo.

XLVII

Niña, cuando eras pobre
¡qué hermosa estabas!
Hoy que envuelves tu cuerpo
con ricas galas
no estás tan bella.
La virtud has cambiado
por la riqueza.

XLVIII

Son las lágrimas la lluvia
que el corazón fecundiza,
pues a su contacto brota,
de la virtud la semilla.

XLIX

Yo vi una flor marchita
renacer al primer rayo de sol...
Vuelve hacia mí tus ojos
si quieres ¡ay! que resucite yo.

L

Te di un día una rosa
pura y fragante,
y en tus húmedos labios
la colocaste...
Quizá por eso,
del color de la rosa
se están volviendo.

LI

El amor es una fuente:
ilusiones son sus aguas;
sus céfiros son placeres;
sus orillas, esperanzas...

LII

Ya no quiero tocar más
las rosas del huerto, niña;
porque al tocarlas hallé,
en vez de flores, espinas.

LIII

Cuando veas que de lágrimas
inundado el rostro tengo,
si quieres secar mi llanto
vuelve a mí tus ojos negros.

LIV

Hasta que tuve celos
no supe amar:

desde entonces, bien mío,
sé idolatrar.

LV

Lágrimas junto al río
triste vertías
y es dulce su corriente
desde aquel día...
Por eso al valle
bajo a beber del agua
que tú endulzaste.

LVI

Ya sé por qué las flores
cierran sus hojas:
porque al ver tus colores
¡ay! se sonrojan.

LVII

Mi ardiente fantasía
tendió sus alas,
y altiva hacia el empíreo
las remontaba...
Mas con sus rayos
el sol, poquito a poco,
las fue quemando.

LVIII

Con tu mirada me matas,
y con ella me das vida;
mas cuando estoy junto a ti,
¿estoy vivo o muerto, niña?

LIX

Ligera avecilla
de plácidos trinos,
lleva, lleva a mi reina adorada
el ay de un cautivo.

LX

Ese luto, morenita,
no te lo agradece Dios;
que Dios tan sólo agradece
el luto del corazón.

LXI

¿Qué son los placeres?..
estrellitas blancas
que brillan un punto,
y luego se apagan.

Aquél que los crea
eternos, se engaña
y crudos dolores
herirán su alma.

LXII

Ilusiones venturosas,
¿a dónde queréis volar?...
¿No veis que el mundo es pequeño
a vuestro ardoroso afán?

LXIII

¿Qué me importaban las flores?
¿Qué me importaban céfiro y brisas,
si un te adoro pronunciabas
que me colmaba de dicha?

LXIV

Son las esperanzas
gotas de rocío:
de lejos hechiza
y encanta su brillo;
mas, luego, al tocarlas
su luz han perdido.

LXV

Niña, tú eres la misma
con quien soñaba:
ojos negros y ardientes,
labios de grana.

LXVI

Si yo fuera cisne
y tú fueras ola
¡cuántos besos y cuántos abrazos
me dieras, hermosa!

LXVII

Que en flor cambie mi existencia
solamente a Dios le pido,
para que siempre me lleves
sobre tu pecho prendido.

LXVIII

Imagen de mis sueños,
astro de mi ilusión
aurora de mi dicha,
estrella de mi amor,
¿do estás, que no te encuentro?

¿do estás, que nunca te halla el corazón?

LXIX

En las aguas de tu fuente
deja que sacie mi anhelo;
déjame beber, hermosa,
mira que de sed me muero.

LXX

A un convento te han llevado
porque me quieres, morena;
yo en una cárcel estoy,
que estoy solito en la tierra.

LXXI

Este estrecho calabozo
a que suelen llamar mundo,
es para volar, pequeño,
y para ver muy oscuro.

LXXII

¿No ves esas aves

que cruzan el bosque?
Son almas que adoran, y pechos que sienten
y cantan amores.

LXXIII

Por pobre me despreciaste...
¿Pobre me llamas? ¿Tan poco tengo?...
¿Quizá es pobre un corazón
lleno de grandes ensueños?

LXXIV

Que no te admita en el cielo
diré a San Pedro, morena;
puesto que a mi amor, la entrada
en tu corazón le niegas.

LXXV

Rizo de blanca espuma,
puro fanal,
¿por qué te desvaneces
cuando apenas te llego yo a tocar?

LXXVI

Si me miras esquiva
¡ay! me mareas.
También si cariñosa,
niña, te muestras...
¡Siempre a tu lado
he de estar, morenita,
yo mareado!

LXXVII

A esa Virgen que te ampara
no regales sólo flores:
las flores que más le gustan
son niña, las oraciones.

LXXVIII

Es tu aliento la brisa
de la mañana;
la lumbre de tus ojos
es luz del alba...
El día nace;
¡ay! Dios quiera que nunca
llegue la tarde.

LXXIX

Un pensamiento me diste,
y pronto se marchitó...
¿Si al morir el pensamiento,
niña, habrá muerto tu amor?

LXXX

Nube que jamás se alcanza,
eso eres tú, porvenir;
misterio que más te ocultas
cuanto más se piensa en ti.

LXXXI

Yo no entiendo lo que dicen
las brisas cuando murmuran:
tan sólo sé que arrebatan
mis suspiros de amargura.

LXXXII

¿A dónde vas, pastora,
por esos valles
sin llevar a tu lado
quien te acompañe?...
Yo iré contigo,
y hallarás en mí un eco
de tus suspiros.

LXXXIII

Olas que corréis veloces
gimiendo sobre la playa,
¿lloráis, acaso, las penas
que mi corazón traspasan?

LXXXIV

Las lágrimas que se vierten,
penas terminadas son;
y las que están dentro,
espinas que hieren el corazón.

LXXXV

Quisiera que las estrellas
fuesen, niña, tu corona;
el firmamento, tu trono;
y las nubes, tus alfombras.

LXXXVI

¿Por qué extendéis placenteras,
vuestras hojas, lindas flores?...
¿Es para exhalar perfumes,
o es para llorar amores?

LXXXVII

Ya comprendo por qué ocultas
con un velo tu semblante:
porque temes, niña, al sol
su claro fulgor quitarle.

LXXXVIII

Toma, bella zagala,
toma estas flores:
mira cuál van perdiendo
ya sus olores:
ve que mi aliento
las abrasa al tocarlas,
respira fuego.

Cuídalas con dulzura
y verás, niña
cuál se alzan sus corolas
llenas de vida;
y de tu alma
préstales el perfume
que me embriaga.

LXXXIX

Es tu deliciosa boca
límpido y puro fanal;
tus dientes son ricas perlas,
y tus labios son coral.

XC

Sal a tu balcón, muchacha;
mira que se pone el sol...
mira que sin luz quedamos...
mira que me hieló yo...

XCI

Cuando estoy lejos de ti
se cubre el cielo de luto,
el sol esconde sus rayos,
y más triste veo el mundo.

XCII

Porque digan que sientes
estás siempre llorando:
cuando es grande el dolor salir impide
a los ojos el llanto.

XCIII

¡Ay de la flor solitaria,
juguete del huracán!
¡Ay del triste que a este mundo
vino tan sólo a llorar!

XCIV

No digas en tu infortunio
que ha muerto ya tu esperanza;
que es lo único que al hombre
hasta la tumba acompaña.

XCV

La bella alborada
los campos alegra...
¡Ay! ¡Por qué, juventud de mi vida,
no alivias mis penas!

XCVI

Una mirada tuya
me mató, niña;
otra mirada luego
me dio la vida.

XCVII

Es el alma del hombre
jardín de rosas
en donde unas perecen
cuando otras brotan...

¡Ay de mi alma
que no tiene una rosa
que la complazca!

XCVIII

Baja pronto a los prados,
reina de amores;
que de pena marchitas
mueren las flores,
y tu hermosura
en placer cambiaría
su desventura.

XCIX

Yo veo en tus ojos
cuál nace la vida;
mas ¡ay! tu contemplas, hermosa del alma,
morirse la mía.

C

Me preguntas por la flor
que me diste hace ya tiempo,
y yo niña, te respondo:
-Está guardada en mi pecho.

CI

Besaste en el prado un día
un clavel enamorado,
y sus purpurinas hojas
con tu aliento se abrasaron.

CII

Pajarillo que en las ramas
suspiras con triste afán,
yo tus dolores envidio,
que, al fin, puedes suspirar.

CIII

¿No oyes el leve murmullo
que forma la suave brisa?...
Pues aún es, niña, más dulce
de tu voz la melodía.

CIV

Cual nave combatida
del océano
el corazón del hombre
va navegando...
¡Ay si le vencen
los duros temporales
que le acometen!

CV

He de poner en tu frente,
cuando venga primavera,
una corona en que diga:
-Ésta es del abril la reina.

CVI

¿A dónde vas, hermosa,
por esa playa,
apenas en Oriente
la aurora raya?...
¡Es que las flores
siempre, del día, se hallan
a los albores!

CVII

Cefirillo que el bosque
cruzas ligero,
no desdeñes mis cuitas;
oye un momento.
Ve al dueño mío,
y tráeme de sus labios
sólo un suspiro.

CVIII

¿Ves las encendidas rosas
que nacen en tu jardín?
Pues ninguna igualar
puede a tus labios de carmín.

CIX

Quisiera tener alas
como las aves,
para tender el vuelo,
cruzar los aires,
y en tu cabeza
posarme, dulce encanto,
sin que me vieras.

CX

El eco de la campana
es de los cielos la voz;
por eso cuando la escucho
palpita mi corazón.

CXI

Yo te di mi corazón
porque me dieras el tuyo,
y sin los dos me he quedado...
¡Ay del que fía en el mundo!

CXII

Tus ojos, prenda querida,
copiando están a mis penas:
son negros, como ellas son;
son grandes, como son ellas.

CXIII

Eres sombra y nunca te hallo;
eres luz, y no te veo;
eres aura, y no te aspiro;
eres brisa, y no te siento.

¿Qué eres tú, pues, alma mía?
¿Qué eres pues?... Yo no te entiendo;
que cuanto más pienso en ti
más oscuro es tu misterio.

CXIV

Quiso el Rey de los cielos
darme un arcángel,
y vi hermosa del alma,
que tú bajaste.
¿Quién no da, niña,
a un ángel de los cielos
su amor, su vida?

CXV

¿Qué es una fuente sin agua?...
¿Qué es sin flores un jardín?...
¿Qué es la brisa sin aromas?...
¡Lo que mi vida sin ti!

CXVI

El ronco vendaval que el campo tala
arrastra por doquier plantas y flores:
¡así el fiero huracán del desengaño
deja desierto el corazón del hombre!

CXVII

Jamás de oro ni diamantes
circundes tu frente bella;
que sin ellos aún resalta
más hermosa su pureza.

Cíñela sólo de rosas;
adórnala con claveles;
que las flores, entre flores
es justo que vivan siempre.

CXVIII

Tras la verdad voy corriendo
con loco ardoroso afán;
y tiemblo cuando me dicen
que está cerca la verdad.

CXIX

¡Al pobre que se te acerque
no le niegues un socorro!
¡No le niegues a mi alma
la pura luz de tus ojos!

CXX

Por el ramo que me diste
una rosa te di yo...
Yo en mi pecho guardo el ramo:
¿dónde tienes tú la flor?

CXXI

No vayas a la fuente
tan tempranito,
porque perderte puedes
en el camino...
No vayas sola;
que no faltan milanos
donde hay palomas.

CXXII

Hoy riendo estás de gozo,
y ayer llorabas de pena:
mezcla de llanto y de risa:
¡eso es ¡ay! nuestra existencia!

CXXVII

Si es verdad, hermosa niña
que amor con amor se paga...
Di, ¿con qué le has de pagar
al que tanto te idolatra?

CXXIV

Las gotas de rocío de la aurora
deshácense al primer rayo de sol.
Mis ilusiones todas perecieron
cuando la luz de la verdad brilló.

CXXV

Las lágrimas que vertía
en mi niñez, eran agua;

y las que ahora vierto son
fuego que brota del alma.

CXXVI

¡Ay, corazón! Tus cantares
hacen al mundo reír...
Mas, ¿qué te importa que él ría,
si te consuelan a ti?

CXXVII

A oscuras queda la tierra
si el sol esconde su luz;
a oscuras quedan mis ojos
cuando no me miras tú.

CXXVIII

Todo, por bello que sea,
en el mundo acabará:
por eso al mirar tu rostro
me dan ganas de llorar.

CXXVX

Flechas tus desdenes son
que mi corazón traspasan...
¿Quieres calmar mis heridas?
Vuelve hacia ellas la mirada.

CXXX

Blanca es la luz de la luna;
blancas son las azucenas;
blanca es la espuma del mar;
pero más lo es tu inocencia.

CXXXI

Siempre que un reloj contemplo
llanto de mis ojos salta...
¡Cómo la muerte se acerca!
¡Cómo las horas se pasan!

CXXXII

La verdad dicen que es fea:
si eso es así, hermosa niña,
¿es ese dicho engañoso,
o es tu belleza mentira?

CXXXIII

Cuando en este mundo sufras
torna tu mirada al cielo;
que es la morada que, al triste
le guarda Dios, como premio.

CXXXIV

Corre al amor la mujer;
corre a la gloria el artista;
tras del oro corre el hombre,
y el joven, tras de la dicha.

Y, sin ninguno pensarlo,
el mismo camino tienen...
Que, al fin, todos van corriendo
hacia el hoyo de la muerte.

CXXXV

Al ver caer esos rizos
sobre tu frente,
ver oculta la luna
mis ojos creen;
pues son tan negros
como blanca es la frente
que van cubriendo.

CXXXVI

Como es tan breve el gozar
quiero pararme, y veloz
viéneme el tiempo a turbar:
-Anda -me dice su voz-;
¡no nos podemos parar!

CXXXVII

Si alzarte quieres niña,
con raudo vuelo,
y, dejando la tierra,
subir al cielo,
el mundo deja,
y elévate en las alas
de la pureza.

CXXXVIII

Ayer tarde, en la pradera,
lágrimas tristes vertías;
pero el aura cariñosa
las secaba compasiva.

CXXXIX

Tu corazón y el mío
son sólo uno:
cuando el mío suspira,
suspira el tuyo;
si el mío llora
lágrimas tristes, perlas

el tuyo brota.

CXL

Separa, niña, esos rizos
que cubren tu blanco cuello...
¿Necesita el marfil bello,
del ébano los hechizos?

CXLI

Cuando el sol muere en ocaso,
la luna aparece clara,
cuando el placer me abandona,
me consuela la esperanza.

CXLII

Cual ondas azules de pobre arroyuelo,
que cruzan el valle, que bajan al mar;
así van los hombres corriendo a la muerte;
así nuestras horas también pasarán.

CXLIII

Déjame que en tus hojas,

do el placer hallo,
imprima un dulce beso,
clavel amado;
pues en tus hojas,
ven mis ojos los labios
de la que adoran.

CXLIV

Ya vienen las mañanas
de primavera;
ya esmaltan de mil flores
prados y vegas...
Frescas mañanas,
¿no traéis flor alguna
para mi alma?

CXLV

Cuando el dolor me aflige
con saña fiera,
una idea me halaga
que me consuela...
¡Es ¡ay! que pienso
que dolores y dichas
terminan presto!

CXLVI

Tú eres la flor que, leve, vagarosa,
abre su cáliz al rayar el día;
yo soy la solitaria mariposa

que en tu corola a descansar se posa
en busca de un placer, de una alegría.

CXLVII

Color azul de cielo
tienen tus ojos:
cuando hacia mí los tornas
me vuelves loco.
No los separes;
que estando loco
olvido yo mis pesares.

Cuando dulce me miras,
yo, niña, creo
que se vuelve piadoso
para mí el cielo;
y cuando esquiva,
sólo das amarguras
al alma mía.

Si de ti estoy ausente,
a oscuras me hallo,
y do quiera la noche
tiende su manto,
y sólo anhelo
ver niña, tus ojitos
color de cielo.

Niña de mis ensueños,
te adoro tanto
que tú muy bien no sabes
cuál te idolatro...
Haz ¡ay! que luego
tenga un lugar tu amante
niña, en el cielo.

CXLVIII

Cuando brilla en oriente
la blanca aurora,
creo ver tu faz bella
y encantadora,
que sonriendo
los más dulces amores
me está diciendo.

CXLIX

No es el canto del poeta
música y palabras vanas:
es eco de dicha o pena
que se escapa de su alma.

CL

Al ver en el espejo
tu cara linda
se dibuja en tus labios
dulce sonrisa...
¡Cómo lloraras
si en vez de ver tu rostro
vieras tu alma!

CLI

A las olas del mar, niña,
se parecen tus palabras:
de la nada salen, crecen,
y al fin, se quedan en nada.

CLII

Rápidas vuelan las aves
al ver el cielo nublado;
así huyen las ilusiones
cuando llega el desengaño.

CLIII

Negra, muy negra es mi suerte
desde que tus ojos veo,
que son mi suerte tus ojos,
y son tus ojos muy negros.

CLIV

Las flores que ayer murieron
vivificar puede el sol,
mas ¿quién volver a la vida
puede, niña, a mi ilusión?

CLV

De la noche entre las nieblas
brillar las estrellas suelen,
¡y en la noche de mi pecho
ni una sola brillar puede!

CLVI

Dicen tus admiradores
que son rubíes tus labios;
será verdad, pero creo
que esos rubíes son falsos.

CLVII

En las aguas del olvido
saciar el alma quisiera,
pues me devora el recuerdo
de mis esperanzas muertas.

Conclusión

-¿Quién eres, voz que al corazón llamaste?
¿Qué quieres, di?
-Triste recuerdo soy de lo que amaste.
-Huye de mí.

-¿Qué quieres, eco que despierta al alma?
¿Quién puedes ser,
que así perturbas mi tranquila calma?

-Soy el placer.

-¡Huid, huid; mi corazón dormido
en dulce paz no quiere percibir,
ni el eco triste del placer perdido,
ni la rosada luz del porvenir!

«Fuego y Cenizas» (1868)

Al llegar la tempestad

Cubre el empíreo nube cenicienta;
más furibundo el mar la playa azota,
y, trayendo en sus alas la tormenta,
toca en el mar chillando la paviota.
El agua que hendió ayer ligera quilla,
hoy saltando, do quiera alza un bramido...
¡Ay del barco que lejos de la orilla
quizá boga perdido!

Amarra el pescador su pobre bote
de su puerto a las costas tan amadas,
que haber no puede ya barco que flote
sobre las negras olas irritadas.
Desde los altos montes que, vecinos
al puerto, la extensión del mar dominan,
labios que rezan hay por los marinos
que en sus barcos caminan.

Retumba el trueno al fin; del horizonte
llega la tempestad, de furia henchida,
y al par que troncha el roble allá en el monte,
riza del monstruo mar la crin tendida.
La oración, desde tierra, crece y crece...
triste esposa en la orilla se lamenta...
un pescador entre la mar perece...

y sigue la tormenta...

¡Error mundano!

I

Cuando un ángel, bajando del cielo,
en el mundo sombrío se posa,
por saber lo que es sombra un instante,
alegría los aires pregonan,
¡y las dulces campanas del templo
tocan a gloria!

II

Cuando el ángel, tendiendo las alas,
alza al aire su rápido vuelo,
anhelante su patria buscando,
con dolor se querellan los vientos,
¡y del templo las tristes campanas
tocan a muerto!

Vanitas vanitatum...

Al pasado mil veces he mirado,
y vacío tan sólo he visto en él;
al porvenir mis ojos he tornado,
¡y vacío encontré!

Pensando en el presente

los días resbalaron sobre mí...
¡qué por más que el mortal saber intente,
siempre el tiempo su curso ha de seguir!

Vi la amargura, y la amargura pasa,
y de las penas el placer va en pos,
y la pasión que el alma nos abrasa,
muy pronto en hielo trocará su ardor.

¡Es la existencia de ilusión mentida!...
¿De qué valen las risas, los lamentos?...
¡Ay! ¡Por más que pensemos,
es la vida una nube llevada por los vientos!

El viento de la tarde

I

Junto a la cumbre del alzado monte
moribundo el sol arde,
y al dorar con su luz el horizonte,
trémulo llega el viento de la tarde.
Si dulce es su lamento,
dulce es también su halago cariñoso
cuando en mi frente juega, y bondadoso
viene a calmar el corazón sediento.
Pero se esfuerza en vano...
mi profundo dolor es un arcano
do se pierde al volar mi pensamiento...
Mi herida es un abismo;
si con amor y gloria la cubriera,
gloria y amor perdiéranse lo mismo...
No me mienta tu anhelo
dichas que no ha do hallar jamás el alma,
esperanzas falaces de consuelo...
deja que duerma con tranquila calma,
¡oh viento de la tarde, aleja el vuelo!

II

Murió en ocaso el día;
las brisas y las aves ya callaron;
duerme en silencio ya la mar bravía;
todo reposa, y en el alma mía
los recuerdos sus tumbas quebrantaron.
Oscuridad me cerca por do quiera;
se oprime el alma, y siento
dentro de mí una voz... ¡silencio, fuera!...
La voz creciendo va; ya en la montaña
con moribunda luz el sol ni arde...
¡Tengo miedo de mí!... ¡Ni me acompaña
el viento de la tarde!

Glorias pasadas

Ya llegó el mes de las flores;
ya llegó el hermoso mayo,
y de los frescos capullos
brillantes rosas brotaron.

Ya se eleva de los bosques
rumor apacible y grato
que une su alegre armonía
del ave al sencillo canto.

De mil nítidos colores
esmáltanse ya los prados,
y mil aromas süaves
vierte el cefirillo blando.

¡Todo es placer y ventura!,
y, mientras, yo solitario
un triste ramo contemplo
de flores, ya marchitado.

¿Te acuerdas? ¡Triste consuelo!...
¿Te acuerdas? Aún no hace un año,
la mañana de San Juan,
me diste, niña, aquel ramo.

Entonces el ramo estaba
con tu aliento perfumado,
y al sentir tu esencia, en él
dejé caer dulce llanto.

Hoy que estás lejos de mí,
y que ya son viento vano
tus promesas que otro día
me hicieron feliz, soñando,

Corro a ver las pobres flores,
por ver si el aura, en su halago,
las ha vuelto su fragancia...
mas ¡ay de mí!... sólo hallo

Pétalos mustios y secos,
y yertos, débiles tallos...
¡Porque las flores cortadas
no reverdecen en mayo!

Anhelo

I

-¿A dónde el ave tiende sus alas
cruzando el viento breve y audaz,
de luz bañando sus bellas galas?...
-Al cielo va.
-¡Subir anhelo
también al cielo!
-Calma tu anhelo; ya subirás.

II

-¿A dónde el aura con leve giro
va revolando, breve y fugaz,
cual amoroso, dulce suspiro?
-Al cielo va.
-¡Subir anhelo
también al cielo!
-Calma tu anhelo; ya subirás.

III

-¿A dónde vuela la esencia pura
que de las flores de aquel rosal,
se eleva y rauda marcha a la altura?
-Al cielo va.
-¡Subir anhelo
también al cielo!
-Calma tu anhelo; ya subirás.

IV

-¿Vivo entre yerros, sujeto al mundo?
¿Por qué no puedo libre volar?
¿Por qué no cesa mi afán profundo?
-Cese tu afán.
También tu anhelo
llegará al cielo...
¡Desde la cuna marchando a él vas!

La vuelta de las aves

Ya vienen del desierto, mil cantos entonando
las aves que alejara sañudo el huracán,

y en torno revolando
se agitan, vienen, van...
¡Las doradas ficciones que he perdido
no han de volver jamás!
Otra vez traéis al valle
el placer y la alegría;
mas ya nunca el alma mía
vuestro dulce contento ha de gozar...
La nieve del dolor la fue cubriendo...
¿Quién sabe si a la vida volverá?..

Buscando vais el nido
que en las ramas dejasteis escondido...
¡El viento lo llevó!
Pero otros nidos ¡ay! en vano esperan
al ave que cantando los formó...
¡Quién sabe dónde está!...
¿De qué nos sirve amar lo que no existe?
¡El hombre que se aleja de la vida
ya nunca ha de tornar!...

Del sol la nueva lumbre ya pinta sonriente
la fuente, el mar, la flor...
Venid, tocad contentas la flor, el mar, la fuente
cantando vuestro amor...
Que al fin, oh pobres aves,
un día lucirá
en que, de horrible viento arrebatadas,
¡no volveréis jamás!

Los marineros

Que marche el barco ligero;
¡boga, boga, marinero!

I

¿No veis salir la aurora

allá en el horizonte?...
Sobre el alzado monte
asoma su fulgor...
¡Al remo! y de la orilla
pronto nos alejemos,
y por la mar entremos
cantando himnos de amor.

Que marche el barco ligero;
¡boga, boga, marinero!

II

¿No veis encantadores
del alba los destellos,
que límpidos y bellos
reflejan sobre el mar?...
Pues nuestros barcos pronto;
sobre ellos navegando,
un suelo irán cortando
de líquido cristal.

Que marche el barco ligero;
¡boga, boga, marinero!

III

En el océano undoso
la orilla ya se oculta,
y el puerto se sepulta
en mares de zafir;
del sol los resplandores
sobre la mar rielan,
y nuestros barcos vuelan
con plácido gemir.

Que marche el barco ligero;
¡boga, boga, marinero!

IV

Aquí el sol es más puro,
el cielo más sereno,
de amor el viento lleno,
y de armonía va.
El alto firmamento
radiante y dilatado
parece que colgado
en el etéreo está.

Dulce el aura... bello el mar...
¡Deja, deja de bogar!

V

Los remos están quietos
y el mar nos arrebató;
sus ondas mil de plata
a popa quedan ya.
Las olas que encontramos
son negras y espumantes;
el sol no como antes
contéplase rielar.

Boga hacia atrás, marinero;
¡que vire el barco ligero!

VI

El viento va creciendo,
el mar se va irritando
y en movimiento blando
no mece el barco ya.
Oculta el sol su lumbre

con velo pavoroso,
¡y el barco presuroso
del viento a impulsos va!

-Es imposible tornar...
-¡Deja que nos lleve el mar!

Arroyo y torrente

I

¡Ay! La vida sin pena
es arroyo que leve, entre la arena,
con dulce son al mar baja a morir.

II

¡Ay! La vida penando
es torrente que salta de la roca
y en desnudos peñascos sólo toca,
y al precipicio se derrumba al fin.

Llanto del corazón

I

Entre rojizas nubes, en Occidente,

sus últimos fulgores el sol sepulta;
plegando el mar sus olas va lentamente;
ya, con callado paso, la noche avanza...
-Corazón, ¿por qué lloras? -¡Así se oculta
el último destello de mi esperanza!

II

La noche, silenciosa, se duerme en calma;
allá lejos los astros dan su fulgencia;
mas su radiante lumbre no llega al alma;
temblorosas las auras van expirando....
-Corazón, ¿por qué lloras? -¡Ay! ¡La existencia
así, en mí, poco a poco se va acabando!

III

Del sol, allá en Oriente, la lumbre asoma;
se alejaron los astros con brillo incierto;
juega la errante brisa de loma en loma;
ligera ya se pierde la noche umbría...
-Corazón, ¿por qué lloras? -¡Lágrimas vierto
¡ay! porque miro cuánto tarda mi día!

Dos llantos

Ayer te vi llorar, prenda querida;
con extraña inquietud te vi llorar;
una lágrima dulce, desprendida
de tus lánguidos ojos vi rodar.

Cual linda perla de feliz rocío
que vierte el alba en la naciente flor,
cayó suave sobre el pecho mío
y mi abrasado seno refrescó.

Ya despierta la aurora en el Oriente
con sus tintas de oro y rosicler;
de su lecho de nácar blandamente
alza el rostro llorando de placer.

Los cálices pintados de las flores
sus lágrimas recogen con afán,
que radiantes esmaltan sus colores
y nueva vida y brillantez les dan.

También sobre mi pecho resbalando
las lágrimas contemplo que vertió;
y aunque es su halago cariñoso y blando,
de mi pecho no calman el ardor.

Si es el rocío límpido rielo
de la gloria que guarda el cielo azul,
¿qué vale el llanto que derrama el cielo
junto a ese llanto que derramas tú?

Lontananza

I

En la sombría tumba del pasado
siglos y siglos cayeron ya,
y es el tenue recuerdo que han dejado
como el de un sueño, breve y fugaz.

II

En la ignorada senda do camino
dichas y penas pasando van
cual visiones de un sueño peregrino

que acaso pronto me dejará.

III

Tiendo doquier mi vista en lontananza,
y al ir errante tras la verdad,
la eternidad contempla mi esperanza...
¡Si será un sueño la eternidad!...

Vacío

I

Sentí el alma intranquila
un día contemplando tu mirada,
¡y tras la ardiente luz de tu pupila
no había nada!

Tenue lumbre de aurora pasajera,
fuego fatuo que débil desaparece,
onda espirante do la luz postrera
del sol que en el ocaso ya fenece...
rayo que fugaz brilla...
eso tú fuiste al pensamiento mío;
del encanto pasó la nubecilla,
y ¿qué encuentro detrás?... ¡Sólo el vacío!

II

Dentro del corazón tu imagen tuve;
tú robaste mi calma
cuando tu amor en pasajera nube
el espacio cubría de mi alma.

Mas vino la verdad cual nuevo día,
llegó del desengaño el soplo impío,
y llevaron tu amor del alma mía...
y el alma, ¿qué tiene hoy?... ¡Sólo el vacío!

III

Luego tu imagen contemplé vagando,
en el primer fulgor de la mañana,
en el sol de Occidente, a quien llorando
manda su adiós la lúgubre campana.
Tu suspiro escuchaba entre la brisa,
entre el rumor del mar tu dulce acento,
y veía en el cielo tu sonrisa...
Un te adoro me trajo el manso viento;
en pos de ti, con loco desvarío,
ansioso me lancé... mas ¡vano intento!...
¡Sólo encontré el vacío!

El hoyo de la tumba

I

¿Por qué alegres tus ojos, tierno infante,
en derredor extiendes de tu cuna?
¿Por qué en tus labios plácida sonrisa
de su carmín aumenta la hermosura?...
Di, ¿tras de qué ilusión guías tus pasos?...
dime, ¿qué buscas?...

¡En este mundo que a correr empiezas,
sólo hallarás el hoyo de una tumba!

II

En humo tus placeres juveniles
viste volar a la celeste altura;
viste que la amistad es sólo viento...
nube el amor que el desengaño empuja...
¿A dónde llevas tus inciertos pasos?...
dime, ¿qué buscas?

¡En este mundo que cruzando marchas,
sólo hallarás el hoyo de una tumba!

III

Una ilusión la gloria viste que era;
luz que un instante el alma nos alumbró;
y si eternos creemos sus fulgores,
el desengaño el corazón nos punza...
¿A dónde, anciano, tiendes ya tu vista?..
Dime, ¿qué buscas?

¡Ningún placer el mundo ya te guarda!
¡Sólo te espera el hoyo de una tumba!

IV

¡Humo es tan sólo nuestra pobre vida!
¡Todo al fin morirá... pena y ventura!

¡Por eso veis que siempre
ando buscando el hoyo de una tumba!

Junto a una puerta

A tus umbrales llego, ya rendido
de tanto caminar...
Yo recorrí llanuras y montañas...
yo atravesé la mar...

Yo, con ardiente afán, llamé a las puertas
risueñas del amor...
con inquietud llamé cien y cien veces,
y nadie respondió.

A las doradas puertas de la gloria
otro día llamé,
y mudas se mostraron a mi anhelo,
y de ellas me alejé...

Y perdido entre montes y llanuras,
andando solo fui,
con la duda en el alma y apagando
de mi pecho el latir.

Cansado peregrino, en esta puerta
tiemblo al llamar...
¡Que, aunque es la puerta de la muerte, dudo
si ante mí se abrirá!

El baile

La vida es la vida; cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.

(Espronceda)

Bailemos, bailemos;
La vida pasad...
Qué, ¿no veis las olas,
que vienen y van,
cuál pasan contentas
su vida fugaz?...
Bailemos, bailemos...
la vida pasad...
¡El hombre es la ola!
¡El mundo es el mar!

Llevado en los brazos
de sílfide hermosa
que va bulliciosa
girando doquier,
de todo me olvido...
se enciende mi mente,
y llena se siente
de inmenso placer.
Con plácido encanto
su faz mi faz toca;
un beso en mi boca
la suya imprimió...
un beso que halaga
tan sólo el sentido,
que, ha tiempo, dormido
ya está el corazón!...

Por un beso vuestro
yo cien os daré...
¡Venid y besadme!...
¡Para eso valéis!

Feliz torbellino
se agita doquiera;
cual nube ligera
danzando al compás
de música grata
que llena el ambiente
y al hombre demente
incita a gozar.
No soy el que herido
su pecho ya tiene...
No soy el que viene
de dichas en pos...
Yo busco el olvido,

yo busco el estruendo...
yo quiero riendo
calmar el dolor!

Llorar yo no puedo,
¡riámonos, pues!...
Ayer he llorado
por última vez.
Recuerdos de amores,
de dicha, de gloria,
¿por qué á la memoria
confusos llegáis?...
En vos yo no pienso:
no creo ya en nada;
cual nube llevada
del viento pasáis.
Pasad, leves sombras...
pasad en mi mente
cual aura riente
que toca la mar.
La vida es recuerdo,
y, ¿qué es nuestra vida?...
¡Arena perdida
en la inmensidad!

¡Creía en la gloria,
creí en el amor,
y, aún niño, mi alma
sus sueños perdió!

Mas ¡ah! ¿quién se aflige?
¡Venid a mis brazos!...
Si roto en pedazos
mi pecho ya está,
¿qué importa?... Corramos,
dancemos, riamos...
con vuestro contento
su ardor calmará.
¡Qué dulce es la vida
del hombre!, ¡qué bella!...
Cubriendo su huella
se ven flores mil...
La vida es, tan sólo,
feliz desvarío...
¿No veis cómo río?...
¡si ya soy feliz!...

Bailemos, bailemos;
la vida pasad...
Qué, ¿no veis las olas,
que vienen y van,
cuál pasan contentas
su vida fugaz?...
Bailemos, bailemos;
la vida pasad...
¡El hombre es la ola!
¡El mundo es el mar!

A media noche

La noche triste, umbría,
ya llega a la mitad de su carrera...
¿Por qué intranquila se halla el alma mía
ahora que el sueño en derredor impera?...

No es que de gloria y de placer henchida
vuela despierta el alma,
¡es ¡ay! que, haciendo en ella cruda herida,
la duda está robándole la calma!

No cuando el sol se hundió en el Occidente,
de mi día el fulgor se ha sepultado...
¡Ha mucho tiempo y que, tristemente,
para mí el sol sus rayos ha velado!...

Los que libres estáis de horrible duda,
¡dormid, dormid en calma seductora!
Cuando su luz sobre los montes arda
nuevos placeres os traerá la aurora...
¡Yo al despertar no sé lo que me aguarda!

Otro mundo buscando, otras regiones,
voló mi mente incierta...
¡En lo que vi verdad, hallé ficciones!...
¡Ay de aquel que en la tumba se despierta!

Polvo igual

I

-Remolino de polvo, ¿a dónde marchas?
-A hundirme presto en ese abismo marchó;
pues sólo es ese mi destino. -Y era
el polvo de las ruinas de un palacio.

II

-Remolino de polvo, ¿a dónde marchas?
-A ese abismo en que todo, al fin, reposa;
pues sólo es ese mi destino. -Y era
el polvo de las ruinas de una choza.

III

-Remolino de polvo, ¿a dónde marchas?
-Voy a ese abismo donde todo cae;
pues sólo es ese mi destino. -Y era
el polvo de un cadáver.

El madero

¿Por qué no te doblas, di?
Un cadalso, al hombre vano,

de tu madera hacer plugo...
¡Cuántas vidas sobre ti
quitó la manchada mano
del verdugo!

Con miedo ahoga su canto
el ave que ayer ufana
se posó en tu rama erguida,
y huye de ti con espanto;
que hoy tu frente en sangre humana
ve teñida.

La brisa ayer de la vega
jugaba en ti sonriente,
y hoy, triste ya, se desliza;
mas a tocarte no llega,
pues esa sangre, aun caliente,
le horroriza.

¡Oh! ¿Por qué no te doblaste
al hacer la primer muerte?...
Di, ¿no te maldijo el cielo?...
¿Por qué del suelo brotaste?...
¡Que eres criminal advierte!
¡Cae al suelo!

-Triste, desdichada es
la vida que darne plugo
al hombre en su loco anhelo...
¡Pobre humanidad!... ¡Después
que en mí perezca el verdugo
caeré al suelo!

Incertidumbre

Ya crucé las olas dormidas del lago, ya el ancha llanura del
piélago vago, que a veces en calma fatídica está; sin faro en
la noche, ni rumbo a lo cierto, la nave en que el mundo se
aleja del puerto, ¿quién sabe do boga?, ¿quién sabe do va?

(Silió y Gutiérrez. Desde el valle)

I

Bajé mi vista del firmamento,
donde mil nubes miré cruzar,
y vi una nave que el manso viento
las leves ondas hizo surcar.
Y al ver el buque con rumbo incierto
siempre bogar,
así mi alma
pensaba en calma:
¡Feliz la nave que deja el puerto
de dulces auras entre el cantar!

II

Después el viento de la tormenta
por los espacios sentí llegar:
volver al puerto la nave intenta,
y la hace el viento rauda avanzar,
Y al ver el buque con rumbo incierto
siempre bogar,
así mi alma
pensaba en calma:
¡Triste la nave que no halla un puerto
donde sus penas logre calmar!

III

Horrible calma sigue do quiera:
ni el aura errante se oye expirar,
ni el viento zumba con saña fiera...
en muda sombra se muestra el mar.
Y al ver las olas del mar desierto
lentas girar,
así mi alma
pensaba en calma:

¡Ay de la nave que deja el puerto
sin ver los mares que va a cruzar!

La despedida

Secáronse las flores
y sobre el yerto campo se cayeron;
del sol los resplandores
que dicha ayer vertieron
se ocultan en el pálido Occidente,
y al triste sol su adiós manda la fuente
que, en lánguido murmullo,
recorre la pradera
que de flores pintó la primavera.

El lúgubre sonido funerario
con que el espacio inunda
la campana del templo solitario
que en el fondo del valle se levanta,
la débil voz parece del recuerdo,
que de la tarde la tristeza canta.

La brisa que las flores columpiaba,
y entre las frescas hojas sonreía,
y en las ondas azules resbalaba,
y los frondosos árboles mecía,
ya plácida no halaga y sonriente,
ni el árbol, ni las flores,
ni de las ramas las flexibles hojas,
ni las ondas de límpida corriente.

Las breves golondrinas
despavoridas huyen de este valle,
y, a los lejanos límites vecinas,
intentan trasponer el horizonte
antes que el trueno furibundo estalle.
Entre la oscura nube cenicienta
alejarse las veo presurosas,
volando temerosas
al escuchar la voz de la tormenta...

¿Por qué la nube, di, de la amargura
al mirarlas partir cubre tu frente?
¿Por qué por la llanura
donde ayer paz hallamos y ventura,
diriges hoy tus ojos tristemente?
¿Por qué por tus mejillas rueda el llanto
y no posas tus cándidas pupilas
en mí, dando a mi pecho dulce encanto?

Tu vista, dulce bien, que ayer fulgente
prestaba a mis dolores un consuelo,
¿por qué deja rodar lágrima ardiente?
¿por qué así torna su mirada al cielo?...
¡Es que cual aves que la tierra dejan
van nuestras esperanzas de partida,
y al verlas por el viento cuál se alejan tu mirada
les das por despedida!

Cenizas

El fuego de amor ardiente
que tú encendiste en mi pecho,
es una luz que se apaga
entre el soplo de los vientos.

Es un volcán cuya lumbre
poco a poco va muriendo,
y ayer en el ancho espacio
se desplegaba altanero.

¡Cómo ayer lleno de vida
no estar, tus pupilas viendo!
¡Cómo no estar moribundo
hoy que tus ojos no veo!...

Tú en el mar del placer bogas,
yo en el mar del desaliento;

en ti los deseos crecen,
en mí mueren los deseos...

Con un destello no más
do esos ojos que otro tiempo
ardientes en mí posabas,
dieras la vida a mi pecho.

¡Y una esperanza amaría,
y otra vez tendría ensueños!...
Disipa con tu mirada
mis amargos pensamientos.

¡Un volcán que se ha apagado
es un corazón que ha muerto!;
mas un volcán deja ruinas,
y un corazón... ¡ni el recuerdo!

¡Hacia mí torna tus ojos!...
¡Haz que reviva este fuego!...

¡No mires!... ¡Ya son cenizas!...
¡Deja que las lleve el viento!

Sombras

En la escabrosa senda de la vida,
nubes de polvo en torno del viajero
furioso el viento eleva,
y en densa oscuridad dejan sumida
su vista que, en esfuerzo postrimero,
doquier cansado lleva.

Mis ilusiones, rápidas volaron;
nube densa y oscura
cubre mis ojos que placer sonaron,

y en todo encuentro pena y desventura.

Y mientras triste llora el alma mía
en la amargura y el dolor postrada,
¡ay! otros gozan con ardiente anhelo...
¡Qué no porque mi vista esté nublada,
está nublado el cielo!

Suspiros

I

Límpida y clara nace la aurora;
puras las flores se abren rientes;
blanda sobre ellas la brisa llora
perlas lucientes
do brilla el sol...
Cual frescas flores,
encantadores
mis sueños son.

II

Flores y perlas cubrió la nieve;
pálido y triste despunta el día;
ya es viento rudo la brisa leve...
¡Cómo las hojas de rama umbría
caen a mis pies!
¡Cómo mis sueños,
dulces, risueños,
mueren también!

III

Ya torna al valle la primavera,
y oigo el arrullo de las palomas;
ya nueva lumbre baña la esfera;
ya dan los campos nuevos aromas;
nueva flor dan...
Sueños rientes,
¿por qué a mi mente
no volvéis ya?

A una copa en un festín

I

En ti, feliz ha poco,
apuré con delirio
licor de blanca espuma
que, en dulce desvarío,
con languidez suave
halaga mis sentidos.
Para calmar mi anhelo
al festín he venido...
¡Mi anhelo es insaciable!...
¡Muy tarde ya lo he visto!

II

En el festín del mundo
mi copa el cuerpo ha sido,
y dicha y pena el alma
apuró con delirio.
¡Vacía está la copa...
el mundo está vacío
para mí, pues sus penas,
y goces he bebido!
Mas ¡ah!, ¿por qué este anhelo
me tiene así intranquilo?
¡Anhelo más placeres,
hoy que ninguno miro!..

Mi anhelo es insaciable...
¡Muy tarde ya lo he visto!

Ya, ¿para qué me sirve
la copa en que he bebido?

Música

I

Lánguido son del arpa melodiosa;
dulce cantar del ave enamorada;
suspiro de la flor;
eco blando del aura vaporosa;
acordado bullir de la cascada
donde se quiebra el sol.

Voz que en la umbrosa vega canta amores;
zumbido atronador de la tormenta
que retiembla al pasar;
del ancho mar dulcísimos rumores;
ronco son de la ola que revienta
con fiero rebramar.

Música no más sois; febles sonidos
que halagan nuestra ardiente fantasía;
suspiros nada más;
y, en nuestra loca mente confundidos,
cual torrente de plácida armonía,
de encanto nos llenáis.
¡Ah! Pero yo quisiera eternamente
escucharos en dulce desvarío,
y breves parecéis,
y el alma apenas vuestros ecos siente,
entre el mudo silencio del vacío
¡ay! os desvanecéis...

II

Dicha, amistad, amor, placeres, gloria,
dulces ensueños, ilusión perdida,
esperanza falaz...
En confusión mentida é ilusoria,
esas las notas son de nuestra vida,
que extinguiéndose van...

La niebla

Cuando el día perece en ocaso,
y, triste, la noche con rápido paso
llegando va,
como velo sombrío, enlutado,
entonces, oh niebla, mi pecho extasiado
te ve llegar.

Y ante el alma tus pliegues tendiendo
con dulce tristeza vas lenta cubriendo
mi corazón;
y en la calma sumida mi mente
contempla apagarse la lumbre riente
que vertió el sol.

Y en profundo y feliz sentimiento
la audaz fantasía se aduerme un momento
por contemplar
esta playa en que lucha sujeta;
y al verse entre lazos sintiéndose inquieta
quiere volar.

Ardorosa sus alas despliega
y en rápido giro, volando ya llega
del cielo azul

a tocar el fulgor de la gloria
su vana y mentida ficción ilusoria
disipas tú.

Y las lágrimas tristes que vierte
el alma que libre creyose, en su suerte
tu secarás
con los pliegues que forma tu manto;
del pecho rendido el duro quebranto
consolarás.

Densa niebla es no más la tristeza
tras un vano sueño que en falsa belleza
nos encantó...
Si el soñado placer nos agota
también ella seca el llanto que brota
del corazón.

La muerte del día

I

Cansado el sol camina
a hundirse entre los mares de Occidente,
y en triste lumbre baila la colina
por donde alegre ha poco alzó su frente...
Y parecen sus tintas apagadas
las últimas miradas
que tiende a lo pasado
el corazón rendido
que, tras vano luchar en este mundo,
quiere buscar la calma en el olvido.

Escúchase lejana
la dulce cantilena
del pescador que torna hacia la orilla su pobre
navecilla,
y en el aire resuena

el monótono son con que los remos cortan la mar serena.

Y al pescador responde
la costa ya cercana,
que entre nieblas se esconde,
con un canto de amor, tierno y sencillo,
o con el dulce son de la campana,
o con blandos rumores
del río que descende de la cumbre,
reflejando los últimos fulgores
del sol que tiende su postrera lumbre
desde el lecho de vívidos colores.

La tortolilla gime;
la flor perfuma el viento
que la mece con lánguido lamento...
¡Oh!... ¡Si esto fuera eterno! ¿Qué ventura,
qué más plácida calma
podrá en su anhelo ambicionar el alma?

II

Cual sollozo tierno y blando
expira trémulo el viento...
el sol más se va ocultando
y la mar su movimiento
poco a poco va calmando.

Leve y tranquila la fuente
baja en débiles rumores,
pliegan sus hojas las flores
y la brisa, dulcemente,
trae sus últimos olores.

Sus mustias ramas inclina
el ciprés con lento giro,
al escuchar el suspiro
que alguna flor peregrina
lanza triste a aquel retiro.

Ya la campana enmudece...

ya no canta el pescador...
la voz del río fenece...
acalla el mar su rumor
cual lago que se adormece...

La tórtola, allá lejana,
eleva doliente canto...
que igual gime en la mañana,
que cuando nubes de grana
cubre la noche en su manto...

Y pensando se extasía
el alma, que llena está
de grata melancolía.
-¡Cómo el día que se va,
yo me iré también un día!

«Meditaciones» (1869)

I

A un volcán

Ese rumor que por doquier se escucha
¿es el ronco estallar de la tormenta
que avanza en el espacio atronadora,
o el vendaval que lucha
por arrancar, con saña destructora
los altos robles, y feroz troncharlos,
y, en fragoroso estruendo,
hasta el profundo abismo derrumbarlos?

¿Es quizá el mar bullente
que por fuerte huracán siéntese herido
y eleva de su seno hondo bramido,
y al cielo, en su bramar alzase hirviente?
No es de los mares el airado empuje,
ni el ronco vendaval, ni la tormenta...
¡Es el volcán que ruge!

Contigo delirante soñé un día:
lava ardiente rodaba de tu cumbre,
e iba flotando en la región vacía
la esplendorosa llama de tu lumbre.
De tu rugiente cráter irritado,
lenguas de fuego raudas se elevaban,
y subiendo en el viento
llegar hasta los cielos intentaban.
Y en anchurosa nube confundidos,
ocultando un momento el horizonte,
vi descender peñascos encendidos
entre las breñas del riscoso monte.
Y en negra confusión precipitarse
en la llanura azul del mar cercano,
o en extenso campo desbordarse
sintiéndose a su impulso derrumbarse
los muros de Pompeya y Herculano.

¡Y fue sueño no más! Te soñé grande,
y más grande te encuentra el alma mía
la llama que soñó mi fantasía
en su ardoroso anhelo,
aún era más pequeña fue la llama
que hoy airado levantas hasta el cielo.
Ese rumor profundo
que sale de tu cráter, a cuyo eco
tiembla el océano y se estremece el mundo;
ese rugir que aterra,
¿es eco de una voz de las alturas,
o es eco de un abismo do la tierra?

¡Ruge, volcán! Tu cima rodeada
de roja luz que alumbra el firmamento,
muestre su frente altiva circundada
de brillante corona
que flote a impulso del callado viento.
Tú el constante vigía
eres del mundo, que a tus pies contemplas;
tú miras su dolor y su alegría

tú le ves en su risa y en su llanto,
y tú le anunciarás el triste día
en que los ejes faltarán del mundo,
y se desborde el mar trocado en fuego,
y ruede el globo en piélago iracundo...
¡Y acaso la tormenta
que agite el inundo en su postrer momento,
con honda voz en tu interior fermenta!

Como ese ardiente fuego que se eleva
de tu boca en intensa llamarada,
así mi corazón ardió un instante
en alas de sus bellas ilusiones,
cuando en busca de glorias delirante,
el piélago cruzó do las pasiones...
Y cual la lava fría
cubre ¡oh volcán! tus ásperas laderas
del desencanto, así la nieve impía
cubrió mil esperanzas lisonjeras.

Sobre tu ardiente llama
quiere volar mi fantasía inquieta...
¡Que si está yerto el corazón del hombre
aún viva está la mente del poeta!
Con ferviente entusiasmo
desplegar quiere su atrevido vuelo,
y quebrantar sus míseras cadenas
y volar a su patria, que es el cielo.

¡Cuán grande es el volcán! Ved por el viento
como extiende su roja cabellera:
el trueno oíd de su rugir violento
que allá retumba en la celeste esfera.
Trueno es tu voz: el huracán, tu aliento,
a cuyo impulso tiemblan las montañas,
y ronca tempestad es lo que forma
el hirviente bullir de tus entrañas.
Cuando al espacio rápido se eleva
la tormenta que abrigas en tu seno,
el océano sereno
se mece contemplándote extasiado,
con dulce sonreír mira a tu cumbre,
y esmalta el fondo límpido, azulado,
con el reflejo de tu ardiente lumbre.

Cuando el primer fulgor de la mañana

pinta el monte, y el mar, y la llanura;
cuando la luna nítida y ufana
rompe las sombras de la noche oscura;
cuando el mundo se encuentra iluminado
con el fúlgido sol del medio día;
cuando apenas el campo está alumbrado,
de triste tarde con la luz sombría...
Siempre tu frente muestras encendida
del pobre mundo entre el reposo inerte...
¡Eres el fuego de la eterna vida
que se agita entre el hielo de la muerte!

II

A un año que nace

Como luz de nueva aurora
ante los hombres te elevas,
y en tu altiva frente llevas
nueva lumbre brilladora.
En ti los hombres ahora
miran con ansia llegar
un consuelo a su pesar,
¡ay! que la miseria humana,
¡siempre mirando al mañana
deja el presente pasar!

A la luz del sol poniente
¿no ves otro año muriendo,
las maldiciones oyendo
del hombre necio o demente?
Pues un día alegremente,
fue esperado con afán,
tus instantes pasarán
y del mundo no te asombres...
¡Que el que hoy levantan los hombres
mañana le arrastrarán!

En la tumba del pasado
los instantes van cayendo
cual los hombres van volviendo
al suelo de que han brotado.
El año que hoy ha bajado
del tiempo a la fosa umbría,
diciendo está ¡suerte impía!
que la vida es transitoria...
¡Que hasta el laurel de la gloria
llega a marchitarse un día!

Tiende doquier la mirada:
mira de nieve cubiertos,
el monte, los prados yertos,
la llanura dilatada.
Mañana de luz rosada
verás la extensa llanura
teñida, y en su hermosura
sentirás placer profundo.
¡Que así se agita este mundo,
entre dicha y amargura...!

Hoy una flor arranqué
para ti, del arpa mía:
mañana en tu tumba fría
tristemente la pondré.
Yo que entre flores soñé
pasar la existencia breve,
hallo cubierta de nieve,
mi triste senda... ¡oh dolor...!
¡Si habrá mañana una flor
que en mi sepulcro se eleve!

III

La caridad

Cuando la noche tiende su tenebroso velo,

y empaña los fulgores que el sol dejó al marchar,
pensad en los que solos, entre miseria y duelo,
caminan por el mundo, sin lecho y sin hogar.

Cuando la aurora pinta con su radiante lumbre
montañas y llanuras, en celestial fulgor,
pensad en los que tristes contemplan su vislumbre,
sin esperanza el alma, y el pecho sin amor.

Cuando al festín sentados, entre feliz contento
dejéis en el olvido del pecho el hondo afán,
oíd a vuestra espalda con angustioso acento
al infeliz que pide para sus hijos pan.

Pensad en los que gimen entre dolor profundo;
con vuestra ayuda el grito calmad de su dolor,
y cariñosos lazos os tendera este mundo,
y os guardará un asiento la gloria del Señor.

Vosotros sois mendigos que en este pobre suelo
encamináis los pasos a una eternal ciudad...
¡Vosotros sois mendigos que llamaréis al cielo,
un rayo suplicando también de caridad!

IV

El cementerio

Con débiles fulgores
brilla, al morir, la tarde:
las nubes agrupadas
al occidente van a sepultarse.

El viento mil rumores
a mis oídos trae:

y mil tristes gemidos
en confuso plañir hienden el aire.

¿Qué dicen a mi alma
sus ecos sepulcrales...?
¡Oh! ¿Por qué mil memorias
a herir vienen mi mente a cada instante?

¡Es la voz de los muertos
que del sepulcro sale!
¡La lúgubre campana
repito su eco triste cuando tañe!

Es la voz de los muertos
que al hombre miserable
recuerda su locura,
y el polvo en que se agita mirar le hace

En los desiertos montes,
en los desiertos valles,
en las desiertas playas
que baila el sol con rayos expirantes...

En el viento desierto,
en las hojas que caen...
¡En todo habláis al alma
de un modo dulce, plácido, inefable!

Y vuestro acento es grato
como la voz del ave,
como la voz del cielo
que deja al corazón embriagarse.
En mi pecho resuenan,
sus ecos inmortales,
y con incierto paso
al cementerio marchó vacilante.

Ya veo allí la tumba
del poderoso alzarse
junto al sepulcro humilde
del plebeyo infeliz... ¡restos iguales!

Al otro lado la virgen
Flor que al abrir su cáliz
a las brisas del mundo,
sus miserias al ver, cruzó los aires.

A mis pies el sepulcro
de anciano venerable
que, en Dios siempre creyendo,
al término llegó de su viaje,

Y la tumba del sabio
aquí mi vista atrae...
¿De qué valió tu ciencia?
¿Qué hallaste en este mundo, pobre mártir?
Ahora en las alturas
ves lo inmenso, lo grande;
y ves al pobre humano
que en este triste suelo va arrastrándose.

Cubierta está de flores
la tumba del infante,
sueño de quien le llora...
y de la tumba al pie gime una madre.

Pobre madre, no llores;
no llores por tu ángel;
que el ángel voló al cielo
y mora los espacios inmortales.

Así todo perece:
aquí nada es durable...
todo pasa cual humo...
¡Cuál las nubes pasaron de la tarde...!

Al pensarlo mi mente
llanto a mis ojos sale,
que baila mis mejillas
como bañan el campo los raudales.

Mas, ellos riegan flores,
y mi llanto pesares...
pero, ¿por qué me aflijo
si en el mundo cruel nada es durable?

Mil esperanzas finge
nuestro pecho anhelante...
pero ¡oh Dios! al tocarlas,
cual gotas de rocío se deshacen.

Amores crea el hombre,
¡amores terrenales...!
que al más ligero viento
los vemos perecer, apenas nacen.

Y son las hojas secas
que ruedan por el valle,
cual dormidas memorias
que al alma hacen llorar al despertarse.

En apacible calma
feliz mi vida pase
sin que el placer me ciegue,
ni el dolor, ni la pena, me anonaden.

Crucen en paz, mis días,
y al descender la tarde,
mis ojos cierre el sueño
que a la región eterna me levante.

V

La hoja seca

¿A dónde vas, pobre hoja
que entre el polvo te pierdes?
¿A dónde, presurosa, vas volando
que te quejas así con voz doliente?

Ayer adorno fuiste
de bella rosa alegre
que ya marchita, inclina su corola
al viento que las flores estremece...

Ayer las puras tintas
pintaba el sol, naciente.
Mil perlas sobre ti vertió el rocío.
Perfumes mil le dio la brisa leve.

¡Pétalo ayer brillante
y hoy del viento juguete,
seguir tu curso quiero con mis ojos
y entre nubes de polvo desapareces...!

Los pobres esperanzas
que mi corazón pierde
eran de rosa ayer; ¡color de vida!,
pero hoy ya negras son: ¡color de muerte!

VI

El esclavo

En vano, día, tiendes
por los lejanos y anchos horizontes
tu manto de esplendores circundado...
En vano, tras los montes
te elevas sosegado,
ardiente sol, y el universo enciendes
con vívidos fulgores,
bañando el campo, el río, y la colina
con tu lumbre divina,
y alegre, por doquier brindando amores.
Y vosotras, sencillas, bellas flores
que extendéis vuestras hojas,

en vano esparcís ecos de ventura
¡ay! para el infeliz que en noche oscura
ve resbalar su vida y las congojas
que le arrancan sus penas
fenecen al rumor de las cadenas.

En la callada noche,
cuando sus miembros, de sufrir rendidos,
en el mísero lecho descansaban...
Cuando no oyó crujir los estallidos
del látigo inclemente
que, con insulto vil, hirió su frente;
entre tan grata y apacible calma,
sueños fingiendo de celeste gloria,
dejó en delirios desbordarse el alma...

Ya, ser feliz creía,
y, a lumbre del sol puro y radiante,
sin grillos ni cadenas se veía:
las plantas y las flores,
el límpido arroyuelo,
el trasparente cielo...
¡todo, a sus ilusiones daba encanto!..
Ya en sus mejillas no corría el llanto
en que antes humillado prorrumpía:
ya dichoso y triunfante se encontraba
junto a la dulce prenda que adoraba...
Mas ¡ay! en su locura,
quiso correr, de su ilusión llevado,
por la inmensa llanura
que bello se extendió ante sus ojos,
y despertando entonces de su sueño...
las cadenas hallaba
en vez del campo que creyó risueño.

Ya, incierto, las tocaba:
ya, ansioso, contemplaba los cerrojos
de su cárcel sombría:
de nuevo las miraba...
y a tocarlas volvía...
y, entro tanto dolor y tantas penas,
de su lecho saltaba,
¡y tras él el rumor de las cadenas!

Y cual nube fugaz y sonrosada
que, al declinar la tarde,

el ancho espacio cruza sosegada
cuando ya el sol entre los montes arde,
vuelven a renacer en su memoria
bellos recuerdos de mejores días,
de aquella edad tan breve e ilusoria
en que, amistad, placeres, y alegrías
partió con sus hermanos,
en la playa feliz que fue su cuna...
¡en el campo quizá en que sus amores
gozó entre bellas flores,
al resplandor de la tranquila luna!
Y recuerda, también aquel instante
¡ay! en que, de su patria era arrancado,
en que con vil afrenta, era vendido
por un hombre cobarde, y despiadado,
que olvidando quizá su hechura vana
¡comerciaba en vender la carne humana!

Por eso, en sano, de alegría lleno,
oh sol, por la ancha esfera te levantas,
y el espacio sereno
con tu destello primoroso encantas.

¿Qué le importa al esclavo que la aurora
inunde con su luz el firmamento,
si su luz sonrosada y brilladora
no calma su dolor y sufrimiento...?
¿Qué le importa la cándida mañana,
sus placeres, sus brisas, y sus flores,
si disipa veloz su ilusión vana,
y a desdichas le trae y sin sabores?
Con la nueva alborada todo goza,
todo, lleno de amor, placer respira,
¡ay! todo se alborozaba,
y el esclavo no más triste suspira.
Sólo al dolor despierta...
Esperanza feliz le halagó un día;
¡pero hoy ya su esperanza mira muerta!

Mas calma un tanto tu dolor profundo;
pues aun tienes amigos en Oriente;
verás resplandeciente
una luz que risueña
se extiende por los ámbitos del mundo.
¡Esa es la libertad! Confía en ella.

Cuando veían las nubes tenebrosos
los inmensos espacios,
ella aparece cual brillante estrella.
Cuando, sañudo, rebramando el viento
de la ambición, arrastra en su carrera
existencias sin cuento,
es fuerte roble que en la enhiesta cumbre
abrasa su sien, erguido,
sin doblegar jamás sus duras ramas
al iracundo cierzo embravecido.
Y al cesar el rumor de la tormenta,
tórname sol, de nuevo, resplendente
que aleja con su brillo refulgente
la nube presurosa y cenicienta.

¡Espera esclavo! Llegará la hora
en que podrás alzar tu altiva frente
que en hondo abatimiento yace ahora.
Y podrás respirar libre y sereno,
sin mancha, a la luz del claro día,
y decir a los hombres, tus hermanos:
-Venid hasta mis brazos: yo os perdono;
nuestro dolor se cambió en alegría;
si vos conmigo fuisteis inhumanos,
mi pasado dolor y mi agonía
sepulto en el olvido tenebroso...
A mis brazos venid... veréis que tengo
un corazón honrado y generoso.

VII

Tarde de invierno

El sol pálido y triste
marcha con paso lento
a hundirse entre los mares,
dando a los montes su postrer reflejo.

Las cumbres ilumina
con débiles destellos,
y dora con luz tenue
las elevadas cúpulas del templo.

A la playa, en su barco,
ya torna el marinero
que, al despuntar la aurora,
dejó la tierra, en busca del sustento.

Y al saltar a la orilla
ve, con júbilo inmenso,
que está su esposa a un lado;
al otro, el hijo que le pide un beso.

El pastor va a su choza,
Y el mísero labriego
va a la aldea, pues oye
de la campana los lejanos ecos.

Los árboles pelados
lloran con triste acento
su desnudez sombría,
y las lozanas hojas que perdieron.

Las flores están mustias
sobre sus tallos secos;
o, entre la fría arena,
volando van, en remolinos densos.

El arroyo no cruza
ya por el campo ameno;
que en río convirtiose,
y el campo, en arenal árido y yerto.

Ni un ave, presurosa,
se ve cruzar los vientos;
que vieron el nublado,
y a otras lejanas tierras se partieron...

El cielo ya se cubre
con pavoroso velo,

y mil fuertes bramidos
se oyen del vendaval ronco y soberbio.

¿Por qué tanta tristeza?
¡Oh, di, gran Dios! ¿Qué es esto?
¿Do están aquellas flores?
¿Do están aquellos días ¡ay! tan bellos?

¿En dónde están las hojas
que las ramas cubrieron,
y las alegres danzas
de las pastoras, en abril risueño...?

¿Dónde las blancas nubes
que adornaban el cielo;
las puras alboradas
que el corazón llenaban de contento...?

¡Pasó la primavera!
¡Vino el cruel invierno...!
¡Así nuestros placeres
vuelan, y el desengaño va en pos de ellos!

¡Así de nuestra vida
pasarán los momentos!
¡Como pasan las hojas
que yertas caen, y ha poco florecieron...!

Como pasan los nubes...
como pasan los vientos...
como pasan las aves
que luego a otra región tienden el vuelo.

Así el alma, ya libre
de su mezquino encierro;
volará a otros espacios
en donde todo es luz, y todo eterno.

¡Ni aun quedarán cenizas
en este triste suelo...!
¡Ni quedará un cariño...!
¡Ni quedará la sombra de un recuerdo...!

¡Ah del que, tras la dicha
marcha con paso incierto;
que, al fin, trocarse en humo
la ilusión, ha de ver, de sus deseos!

¡Ay del que, tras la gloria,
camina con aliento:
que, al fin, desalentado,
que es quimera verá, mentido sueño!

¡Feliz quien siempre eleva
su vista al firmamento,
porque él verá la gloria...
y la gloria, tan sólo, está en el cielo!..

La noche con sus sombras
cubrió el espacio inmenso...
¡Así tenderá triste
la eternidad su misterioso velo!

Hombres, abrid los ojos;
dejad ya vuestro sueño;
dejad vuestra locura,
y a la verdad oíd,
sólo un momento.

Polvo son esas dichas
que buscáis con anhelo;
polvo, vuestros placeres;
y polvo miserable vuestro cuerpo.

Y ha de pasar el polvo
como pasan gimiendo
las hojas amarillas
que de los secos árboles cayeron.

Y pasarán los reyes...
y pasarán los pueblos...
y pasará el otoño...
y del otoño en pos el crudo invierno...

Y pasarán los hombres...
y luego el mundo entero...
y pasarán las horas...
¡Y Dios no pasará, porque es Eterno!

VIII

Dos miradas

Ayer, mujer, cuando tu virgen alma
llenaba la pureza,
embriagada de amor y de dulzura
miraste al suelo en cándida inocencia.
¡Tú estabas en el cielo!
¡Tú mirada, en la tierra!

Hoy que has cruzado del estrecho mundo
el impuro sendero,
lágrimas viertes de dolor impío
al levantar tu vista al firmamento.
¡Tu estás hoy en la tierra!
¡Tu mirada, en el cielo!

IX

Ayer tarde en la pradera,
lágrimas tristes vertías;
pero el aura, cariñosa.
las secaba compasiva.

Del alma son el perfume
las lágrimas de las niñas...
¡Por eso vuelan al cielo
en las alas de la brisa!

X

La redención

¿Por qué el viento murmura
con eco lastimero y dolorido,
el corazón llenando de amargura?
¿Por qué se ve teñido
el lejano horizonte
con la pálida luz del sol de ocaso,
y las nieblas encubren, a su paso,
el mar, el cielo, la pradera, el monte?
¿Por qué súbito el rayo fulgurante
rasga el seno de nube cenicienta?
¿Por qué rueda en las nubes la tormenta,
y doquier con fragor deja escucharse
el trueno pavoroso y furibundo?
¡Es que la humana grey va a liberarse!
¡Es que hoy perece el redentor del mundo!

Miradle allí, del Gólgota sangriento
en la elevada cumbre:
su cabello en desorden mueve el viento:
apágase la luz de su mirada
que con dolor levanta hacia la altura,
y en su triste y amarga desventura
un pueblo bullicioso le rodea
contemplando con bárbara sonrisa
la sangre redentora que gotea...
Y cuando triste el moribundo dice
al que se goza en su profundo duelo:
«¿Por qué es esa sonrisa? ¿Qué te hice?»
Exclama desde el cielo
una voz soberana

que con el son de la tormenta zumba:
«¡Es fuerza ya que la víctima sucumba!
¡Muera para salvar la raza humana!»

Calla todo después. ¡Cálmase el viento;
el rayo en los espacios ya no ruge;
sigue la calma al trueno violento;
la tempestad no cruje!
Las límpidas estrellas de topacio
que ayer con sus fulgores aclaraban
la bóveda gigante del espacio,
y lámparas de espléndido palacio,
iluminando el cielo asemejaban,
velaron ya su lumbre,
y el sol, antes fulgente,
¡se ha hundido ya tras la lejana cumbre!

Mas ¡ah! ¿Qué nuevo sol brilla en la altura
que clara luz sobre los campos lanza?
¿Por qué ya el ancho espacio no se muestra
de tinieblas cubierto?
¿Por qué ya el mar se pinta
con el bello color de la esperanza?
Miremos a la cruz... ¡Jesús ha muerto!

Gotas de sangre ruedan presurosas
por el cuerpo inocente lastimado,
y cayendo en la tierra, generosas
lavan la negra mancha del pecado.
Prisionero del vicio
el mundo hacia el abismo caminaba,
y de su honda prisión para salvarse...
¡La sangre de su Dios necesitaba!
Y en estrépito ronco desplomarse
ya se escuchan los riscos, las montañas,
y los mares gimiendo, desbordarse,
y la tierra exhalar de sus entrañas
un agudo quejido
al ver a Cristo de la Cruz pendiente,
y con su sangre el Gólgota teñido.

¡Ya murió! De sus labios débilmente
salió el último aliento,
y su rostro sombrío y macilento
sobre el pecho cayó desfallecido;
y entre el rumor del pueblo divertido

en multitud inmensa y apiñada,
a la altura Jesús alzó sus ojos
el alma dando en su postrer mirada.

El llanto amargo que Jesús vertía
era como la lluvia bienhechora;
cual de la fresca, sonrosada aurora
las cristalinas gotas que rocía.
Y sus lágrimas tristes que cayeron
con su sangre mezcladas,
germen de redención al mundo fueron
y las flores más nítidas se irguieron
con sangre del Señor purificadas.
Y, deshecha la sube pavorosa,
sacudió el roble altivo su ramaje,
y en su copa frondosa
que, con tristes rumores,
en son gemía, ha poco, funerario,
ya rielan brillantes los fulgores
del nuevo sol que se alza en el Calvario.

¿Fue grande el sacrificio...? Pues, más bella
será la lumbre que la tierra aclare,
y de la paz más lúcida la estrella,
y del árbol los frutos más sabrosos,
y de la flor más puros los colores,
¡porque estará ya el mundo iluminado
de la alma libertad con los fulgores!
Y la tierra, cual cándida doncella,
alegre vestirá púrpura y rosa,
y flores sólo dejará en su huella...
¡Porque la libertad siempre es hermosa!

¡Vírgenes de Salem, sacad el llanto!
Mitiga tu quebranto,
oh pueblo de Jehová: mira a los cielos;
alza del polvo la rendida frente,
y verás una luz resplandeciente
lanzando en torno vividos cielos.
Esa lumbre divina
que en el cielo contemplas brilladora,
es el fulgor que de la Cruz irradia,
de redención la suspirada aurora.

¡Ya hay libertad! ¡Cuál rápida y sombría
nube que cruza el puro firmamento

pasó la tiranía!
Si arrogante se eleva hoy un tirano,
pasa cual polvo que arrebató el viento.
Pues en el alba, cuando el día nace,
en el sol, cuando se alza esplendoroso,
y de sus rayos al fulgor deshace
las gotas del rocío;
en el murmullo del sonante río;
en el ronco bullir de la cascada,
ni la flor que se mece voluptuosa
a impulsos de la brisa perfumada;
en la aérea y sencilla mariposa
que entre el céfiro blando
sus temblorosas alas va agitando,
y de la brisa en el amante beso,
¡en todo aquello cuanto el mundo encierra,
el nombre libertad se mira impreso!
¡Y en esa cruz el que pendiendo vemos
de nuestra cárcel por romper los clavos,
hoy nos enseña que abrazar debemos
antes la muerte que gemir esclavos!

La maldad nuestra frente subyugaba;
Satán con saña fiera,
nuestro doliente pecho laceraba...
gemimos... el Señor llegó a escucharnos...
y del cielo bajó por redimirnos...
¡Y murió en una cruz por libertarnos!

Cual del Líbano el cedro se levanta
después que la tormenta ya ha estallado,
así el árbol glorioso
de nuestra libertad se ha levantado.
Al rayo esplendoroso
del nuevo sol de lumbre sonrosada,
en vuestro corazón un canto vibre...
¡Al cielo dirigid vuestra mirada!
La frente levantad... ¡Ya el mundo es libre!

Los envidiosos

Cuando las olas de la mar bravía
cercan la nave que salió del puerto,
besar su quilla en placido concierto;
más la impelen a otras en su armonía.
La nave avanza, mas su furia impía
redobla el mar hasta que, en rumbo incierto,
del océano en el fatal desierto
el buque marcha sin timón ni guía;
El hombre que camina hacia la gloria
halla envidiosos mil que cual amigos
su dicha le hacen ver que es ilusoria.
Pero, al mirarse de su bien testigos,
cuando ya ha conseguido la victoria
se tornan sus mayores enemigos.

«Olas del mar» (1870)

A malos trances más bríos:
como la mar es en suma
el mundo, pero en su espuma
se sustentan los navíos.

(Espronceda. El Diablo Mundo)

A Castro-Urdiales

También en el mar de la vida hay olas como las que van a estrellarse
al pie de tus rocas. También las hay como las que tranquilas se
despliegan por tu hermoso arenal.
Las olas del mar y las olas de la vida han inspirado estas páginas.
Hace dos años te prometí un libro: hoy cumplo mi promesa. Quisiera
que hubiera en él algo de la poesía que se respira en tu costa.

(Ernesto García Ladevese. Octubre de 1969. Madrid)

Hoy la aparición de un libro de esta índole es una cosa extraña: la

política absorbe la imaginación de todos; los corazones se han cerrado a la poesía; la indiferencia los cubre; si algún sentimiento les conmueve, es la ambición o el desdén.

Estas poesías están escritas, en su mayor parte, en la costa cantábrica: trazadas unas sobre una roca de la playa, desde donde se descubre el grandioso horizonte del mar; hechas otras sobre la popa de un bote, en medio de las mansas olas que se pliegan al viento de la tarde; pensadas otras entre la oscuridad de la noche, junto a la peña donde el rabioso mar rompe con estrépito, hubieran quedado perdidas en aquellas poéticas soledades donde nacieron, a no haberme obligado a coleccionarlas las continuas excitaciones que día tras día se me hacen a fin de que reúna en un pequeño volumen cuantos versos haya escrito que hagan referencia al país donde nací.

Todos cuantos conocen al autor de *Olas del mar* saben el poco amor que tiene a sus escritos y lo poco aficionado que es a que estos se coleccionen; pero hay deberes que no se pueden dejar de cumplir.

La publicación de este libro era una deuda que su autor habla contraído con su país natal. La deuda está ya pagada: la promesa está cumplida. Este libro es, al mismo tiempo, un adiós a las ilusiones juveniles: es el último latido de un corazón que sueña.

Una atmósfera ilusoria embarga los sentidos del joven que empieza a recorrer la senda de la vida; las perfumadas flores, la dulce brisa, el límpido arroyuelo, la rosada aurora: eso es lo que canta, porque eso es lo que te rodea. «¡Adiós!», dice a todos estos encantos el autor de *Olas del mar*: abandona la época de los sentimientos soñados, y entra en la época de los sentimientos sentidos.

Poesía que se encuentra en el seno de la realidad; poesía que tiene por base el corazón humano; poesía que se ve y se siente: eso es lo que hallareis en este libro.

Por seco que tenga el corazón quien lea estos versos, no encontrará sus pensamientos exagerados ni sus imágenes inconcebibles: podrán estas páginas no brillar por su belleza; pero de seguro brillarán por su verdad.

Pensaba ya dejar la pluma; pero gran número de amigos, que estiman mis obras más que yo, me incitan a que conteste a los que indignamente han atacado mis *Meditaciones*. Si mis amigos creen que los ataques que se han hecho a mi última producción son indignos, ¿a qué les he de contestar? Cartas apócrifas, villanas calumnias, groseros insultos... todas estas armas se han empleado para herirme. No, no quiero contestar a los que ni aun son dignos de llamar mi atención. Para esa clase de enemigos he tenido siempre el más profundo de los desprecios.

Yo escribo para el público: que él se apresura a leer mis obras es un hecho: mi deseo está cumplido... ¿Debo contestar a los que atacan mis escritos de una manera indigna? No: el público les contesta. Sea esta mi última palabra en este asunto.

¡Los que hayáis llorado; los que hayáis amado alguna vez; los que hayáis tenido ilusiones, leed las páginas que siguen! ¡Adiós!

Ernesto García Ladevese

Madrid, 20 de Enero de 1870.

La romería de Mioño

I

Al pie de aquel verde monte
que limita el horizonte,
se extiende un valle sombrío
que se dilata hasta el mar...
De blanda yerba es su alfombra;
mil castaños le dan sombra
y corre sereno un río
debajo del castañar.

Sobre pequeña colina
que todo el valle domina,
entre las ramas blanquea
de un cementerio la sien;
y allá, del valle en la hondura,
en medio de la espesura,
se eleva una pobre aldea,
pequeña y blanca también.

Todos los años un día,
en confusa romería,
vamos a ese amado valle
a olvidar entre el verdor...
A buscar algún consuelo
que mitigue nuestro anhelo
antes ¡ay! que el alma estalle
comprimida de dolor.

A Mioño pronto marchemos...
De Castro nos alejemos...
Busco a mis recuerdo calma...
¡Yo necesito olvidar!...
Tal vez vuestro pecho ahora
ningún dolor os devora;
mas, ¡quién no tiene en su alma
una pena que llorar!

¡Marchemos ya! Si os afana
la ambición de gloria humana,
venid conmigo y la gloria
llegareis a aborrecer...
Que no hay ambición que dure
ni pesar que nos apure
cuando duerme la memoria
y se despierta el placer.

Si el amor vuestra alma agita,
y vuestro pecho palpita
con ese latir profundo
que nace de honda pasión,
venid de Mioño hacia el llano,
que con un vaso en la mano,
no hay mujer en este mundo
que me inquiete el corazón.

II

¡Ay del que piensa vivir
con alma para sentir,
con ojos para llorar!
Mas le valiera dormir
para nunca despertar.

¡Oh atroz desesperación,
si me rindo a la pasión
del dolor que me envenena,
yo que tengo aquí una pena
en medio del corazón!

Cruel me está hiriendo aquí,
y en alegre frenesí
es preciso dominarla...
¡Ah, sí! Yo quiero matarla
antes que me mate a mí.

Compañeros, ¡a beber!
En los brazos del placer
se anda mejor el camino,

y es muy largo el que el destino
nos va haciendo recorrer.

Pensad que este breve instante
ya no ha de volver jamás...
Bebed, y nada os espante,
sin mirar lo que hay delante
ni lo que queda detrás.

Si sólo un punto es la vida,
No miréis lo que de huida
a hundirse en la nada va...
¡Dichoso el hombre que olvida!
¡Triste el que despierto está!

III

Brindis

Bebamos, compañeros; bebamos, pues, aprisa;
ya asoma a nuestros labios irónica sonrisa...
De vuestras carcajadas
yo brindaré al compás...
Ya el choque de los vasos aturde nuestra mente..
la pena ya se aleja de nuestra vista ardiente...
¡Las horas ya pasadas
no han de volver jamás!

Magnífico es el mundo que en torno nuestro gira;
el pecho que lloraba contento ya respira...
¡Para el dolor impío
ha muerto mi alma ya!...
Ayer mis pies hollaron sólo desierta arena...
hoy me embriaga el gozo que el corazón me llena
hoy delirante río...
para morir quizá.

Mas, ¿qué me importa? Al baile,
hasta que el cuerpo caiga;

hasta que las tinieblas la negra noche traiga,
que cunda el alborozo...
que bulla en derredor...
De ese insensato mundo riamos con locura...
¡Reíd hasta la muerte; que más vale, oh ventura,
caer muerto de gozo,
que muerto de dolor!

IV

Como nubes agitadas
que caminan apiladas
por el ancho firmamento,
al hondo embate del viento
que se desata detrás,
así pasan confundidas
las parejas divertidas
que en torno giran bailando,
y van pasando, pasando,
de la música al compás.

Ven acá, linda doncella;
amor tu vista destella;
yo tengo sed de alegría;
ven, y que tu rostro ría
mirando el mío reír...
¿Por quién es ese suspiro?...
¿Qué es lo que en tus labios miro?...
Esa flor que hay en tu boca
dice que amas, pobre loca;
¡más te valiera morir!

Arroja esa flor al suelo;
no más suspires con duelo;
en pos de ese torbellino
que nos presenta el destino
lancémonos sin pensar...
Yo guardo en mi casa flores
que son recuerdos de amores;
marchitas están ahora,
y antes que brille la aurora
he de arrojarlas al mar.

¿Ves? Ya se enciende la mente:
el corazón ya se siente,
en vértigo de locura,
embriagarse do ventura,
embriagarse de placer...
¿Piensas que alguno te adora?
¡Oh creencia engañadora!
¡No vive aquel que no olvida!
¡Aprende que en esta vida
no hay ni mañana ni ayer!

V

¿Dónde mi pareja fue?...
¿Por qué mi frente se abrasa?...
¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pasa?...
Ya no acierta a andar mi pie...

Al suelo al fin vine a dar;
de un castaño al pie caí...
allí veo el baile... allí
oigo el tamboril sonar.

Mas la confusión se aumenta,
y todos bailan y gritan:
¡así las olas se agitan
cuando llega la tormenta!

Allí, entre la confusión,
brillar veo una mirada,
y escucho una voz amada
que me parte el corazón...

¡Al baile! Ya sé gozar...
Ya libre y sin pena río...
Suerte, ¡yo te desafío
a que no me haces llorar!

Entre las olas

¡Qué apacible y qué serena
brilla sobre el mar la tarde!
¡Con qué luz las aguas llena,
desde la plegada arena
al ocaso en que el sol arde!

Se siente el aura cruzar.
¡Con qué plácido rumor
vuela, moviendo al pasar,
la vela del pescador
y las olas de la mar!

De ese piélago azulado
crucemos ya la extensión...
Boga tú; yo voy cansado,
y en la popa recostado
iré llevando el timón.

Boga; que ya en Occidente
se va el sol a sumergir...
Antes que se hunda su frente
quiero mirar al Oriente
que en sombras se va a cubrir.

Del remo al impulso blando
vamos las aguas cortando...
boga, boga sin temor...
aunque sientas que el rumor
de la mar se va aumentando.

Ya lejos queda la orilla;
vamos hacia el sol que brilla
de las olas al través...
Adelante, aunque la quilla
oigas crujir a tus pies.

Son las olas de ese mar
como los olas del mundo,
serenas se ven brillar;
pero un abismo profundo
saben debajo ocultar.

¿Por qué, di, pobre remero,
lanzas tan hondo suspiro?...
¿Por qué doliente te miro
mientras el barco ligero
corta ese mar de zafiro?

¿Es que en la costa has dejado
una ilusión? ¡Ay de ti!
No suspires, desdichado...
¡Una ilusión! ¡Echa a un lado
ese loco frenesí!

Como las olas del mar
son las olas de la vida...
¡Todas tienen que pasar!..
Y con la que va a llegar
la que ya pasó se olvida.

Tú que has cruzado estos mares
y has sufrido los azares
de la tempestad bravía,
no has cruzado todavía
por el mar de los pesares.

Si eres joven, y tu frente
curtió el cierzo que inclemente
tu blanca vela hizo trizas,
yo guardo aquí las cenizas
de un volcán que se alzó ardiente.

Yo sentí el golpe iracundo
de un desencanto profundo...
Por eso con calma miro
que de cuanto hay en el mundo
nada merece un suspiro.

¡Desdichada humanidad!

Una sombra es la amistad;
la gloria, un céfiro vago...
Sólo el placer es verdad;
¡pero es tan breve su halago!

¿Por qué tal dolor te llena?
Ten siempre el alma serena,
pobre joven; no suspires...
Mira tranquilo y sin pena
siempre que a ese mundo mires.

¿No ves cómo yo sonrío?
¡La suerte me hace reír!...
Nada inquieta el pecho mío...
En medio del mundo impío
dejo al corazón dormir.

Ayer mis ojos lloraron
hoy sonrío..., ¿qué he de hacer?
Aquellas horas pasaron...
mis lágrimas se secaron
a la brisa del placer.

Tú gimes... yo voy cantando;
tú penas... yo, embebecido,
del mar oigo el rumor blando...
tú una ilusión vas buscando...
yo voy buscando el olvido...

Boga, boga sin cesar;
ya el sol en ocaso ha muerto
y más me quiero alejar...
Mientras tú miras al puerto,
yo iré mirando a la mar...

Ya la noche está tendida...
El mar que hay a nuestros pies
deja el alma adormecida...
Como esas olas que ves
son las olas de la vida...

Brindis

He visto lo que es la vida...
No dejemos de reír
aunque veamos morir
la esperanza más querida.

¡Hay que aprender a olvidar!
Que jamás nos den cuidado
ni el porvenir ni el pasado,
y en el presente... ¡a gozar!...

Si la amargura nos llena,
no lloremos... ¡a beber!
La pena siguió al placer...
¡siga el placer a la pena!

He querido y he odiado;
he amado y he sufrido;
he llorado y he reído;
he bebido y he olvidado...

Ni ante el dolor más profundo
se debe el hombre apurar...
¡En un vaso puede ahogar
la mayor pena del mundo!

Septiembre. 1869.

A Pilar

Pilar, como prometí,
me puse a escribir ayer,

y ni un verso pude hacer
para mandártelo a ti.
Hoy en la playa te vi,
junto a las olas bullentes,
y vi salir a torrentes
en tu mirada que ardía
un raudal de poesía
de tus pupilas ardientes.

El alma, de encanto llena,
vio a la luz de tus pupilas
aquellas horas tranquilas
de nuestra infancia serena.
Aquellos días sin pena,
aquellas noches de luna
en que, cual ancha laguna,
se mecía sosegado
ese mar, a cuyo lado
rodó un día nuestra cuna.

Tú eras entonces, Pilar,
ola blanca que se mece
y soñando se adormece
en las orillas del mar.
Mariposa que al brillar
del alba la luz temprana,
con sus tintas engalana
la flor que duerme tranquila;
astro que de oro perfila
las nubes de la mañana,

Bien larga mi ausencia fue,
a pesar de mi deseo,
y al volver aquí te veo
mas bella que te dejé.
Todo el que tu rostro ve,
al punto pierde la calma;
cual sencilla, esbelta palma,
tu talle se mece ufano
al ver que en un cuerpo humano
de un ángel se encierra el alma.

Sonrías, y tu sonrisa
sé que al aura causa agravios
cuando en tus brillantes labios
blandamente se divisa.

Parece la fresca brisa
que en torno vierte el consuelo...
Sonríe, y brille en mi anhelo
su puro y dulce arrebol
cual brilla un rayo de sol
sobre un desierto de hielo.

Castro-Urdiales. Agosto de 1869.

Balada

Dice la roca a la espuma:
-En vano con fuerte brío
combates mi poderío,
porque sobre ti me ves...
Si amenazante te acercas,
en mí tu furor se acaba...
Comprende que eres mi esclava;
ríndete, espuma, a mis pies.

Dice la espuma a la roca:
-Cuando suba la marea,
tu frente que el viento orea
quedará bajo mi ley...
Más esclavos son los pueblos
que oprime la tiranía,
y también pisan un día
la corona de su rey.

Castro-Urdiales. 1869.

Al cementerio de Castro-Urdiales

¿Quién te ha puesto en esa peña
donde el mar rompe bullente?

Rugir al viento se siente
que silbando se despeña
por las grietas de tu frente.

Tu pobre y mísero asiento
muy pronto, tal vez hoy mismo,
a impulsos del mar violento,
o al hondo embate del viento
se desplomará al abismo.

Y ese soberbio peñón
que hoy es de sepulcros tumba...
al estallar el turbión
caerá al mar que en confusión
a mis plantas se derrumba.

Ese día ha de venir
en que al mar caigas inerte...
¡Quién lo había de decir!
El recinto de la muerte
tiene también que morir...

Del hombre la mente loca
no ve el oscuro misterio
de la realidad que toca,
y coloca un cementerio
en la cumbre de una roca.

Y piensa en su frenesí
que del polvo lo levanta...
Tal vez cree que su planta
no podrá llevar allí
la eternidad que le espanta.

Cara a cara, frente a frente
yo miro la eternidad,
y sentado en tu pendiente
contemplo tranquilamente
su grandiosa majestad.

Contemplo cómo se afana
el mar que revuelto anega
la pobre lancha liviana,

y pienso en la vida humana
que ola tras ola navega.

Una playa que el sol hiere
miro brillar a lo lejos...
Volar la mente allí quiere...
¡ay! y pienso en los reflejos
de una esperanza que muere.

Al fondo del Oceano
tiendo la mirada en vano,
pues contemplo que es su fondo
tan misterioso y tan hondo
como el pensamiento humano...

¿Por qué, en vuestro abatimiento,
el corazón os abrasa
tan profundo desaliento,
si tenéis un pensamiento
que el horizonte traspasa?...

¿Por qué, si lo grande amáis,
tal pavor os infundió
ese espacio a donde vais?
¿Por qué ante él así tembláis
cuando más le adoro yo?

Dormid en la cumbre erguida
los que con amargo llanto
abandonasteis la vida...
Si ya el mortal os olvida,
a vuestro lado yo canto.

Tenéis por amigo el viento;
por hermana, verde yedra
por corona, el firmamento,
y por magnífico asiento,
una montaña de piedra.

La eternidad por burlar
os han hecho aquí enterrar,
y ¡oh, desengaño cruel,
tenéis delante ese mar

que es su reflejo más fiel!

El hombre, con gran temor,
de ella, en loco frenesí,
os aparta entre el verdor...
¡Yo vengo a sentarme aquí
para mirarla mejor!

Ancho horizonte me enseña
el mar que a mis pies retumba;
ronco el viento se despeña...
¡Ah! ¡Qué coloquen mi tumba
en la cumbre de esa peña!

Castro-Urdiales. Agosto 1869.

A Justa, al mandarle unas poesías

¿Con que mis versos perversos
te agradan, amable Justa?...
Yo creo que eres injusta
siempre que hablas de mis versos.

Son ecos de un alma herida
que al aire su voz levanta,
y que solitaria canta
en los mares de la vida.

De un alma que se lanzó
al mundo con loco empeño
a realizar un ensueño
que su quietud exaltó.
Día tras día al Oriente
miro con ansia cruel
sin ver brillar nunca en él
la luz que espera mi mente.

Y en pos de esa luz divina

los cantos del alma sola
van pasando de ola en ola
como la brisa marina.

Hoy el aura de la suerte,
en su giro caprichoso,
los trae a este valle hermoso
que he de amar hasta la muerte.

Y al verle abaten su vuelo,
irás largo silencio mudo,
dando a la patria un saludo
y una bendición al cielo.

¿Mis versos quieres? ¿Qué oí?...
Ve, pues, tu anhelo cumplido,
aunque nunca han merecido
ni aun acercarse hasta ti.

Y solamente deseo
que al verlos pienses que
son latidos de un corazón
en medio de un mundo ateo.

No te causarán enojos
si los llegas a leer...
pues tú los harás valer
con el brillo de tus ojos.

Castro-Urdiales. Agosto de 1869.

Al mar, en la playa

Otra vez en tu llanura
vuelvo a tender la mirada;
otra vez tu frente pura
vuelvo ansioso a contemplar...
Ayer, con alma serena,

a tu arrullo me mecía;
hoy vengo a tu blanca arena
mis recuerdos a ahuyentar.

¡Qué tranquilo te adormeces
al rumor de tus espumas!...
¡Con qué misterio te meces
en tu azul inmensidad!...
Cual lo fue mi pensamiento,
así eres soberbio y grande...
¡Así te alzas por el viento
con altiva majestad!

Mas a ti siempre te miro
como ayer, azul y hermoso;
olas de puro zafiro
te dan dichosa canción
Ayer, libre de pesares,
canté gozoso en tu orilla...
¡Hoy amargos mis cantares
como tus espumas son!

Si rompo el silencio mudo
en que mi pecho callaba;
si a tus orillas acudo
otra canción a entonar,
es que ya en loca porfía
mi corazón se agitaba...
es que el alma no podía
por tanto tiempo callar...

Es que me ahogaba la prosa
de ese mundo en que he caído,
y por respirar ansiosa
el alma luchaba ya...
Es que el hombre por el suelo
se arrastra ya envilecido,
y tú reflejas el cielo
que sobre mi frente está.

Deja al hombre que ignorante
con estúpida alegría
jamás del polvo levante
su loca mente hacia Dios,
y en tanto, en la playa a solas,

yo con mi débil acento,
y tú con tus blancas olas,
cantemos aquí los dos.

Biarritz. 1868.

Al partir

Eres el hada que soñó el poeta
en sus sueños de amor,
cuando su loca fantasía inquieta
tras el placer voló.

Eres la perla que cayó en los mares
y en ellos quedará...
Tú, en el revuelto mar de mis pesares,
radiante brillarás.

Eres el aura que en su dulce giro
me llena de placer...
aunque es breve el momento que te aspiro,
jamás te olvidaré.

Si algún día la suerte despiadada
para siempre nos llega a separar,
tu imagen que en mi pecho está guardada,
conmigo morirá.

Será la estrella que el pasado alumbre
mis ojos al volver,
y rasgue ardiente con su pura lumbre
las sombras del ayer.

Cuando la luz del sol brille en Oriente,
mi adiós te voy a dar...
El día que a mirar vuelva tu frente,
¡ay!, ¡cuándo llegará!

Cual relámpago breve el tiempo, vuela...
muy pronto partiré...
Si eres tú nada más quien me consuela,
¿qué va a quedarme, qué?

¡Maldita aurora del cercano día!
¡Por qué habrá de lucir!
-¡Tras esos montes que hay al Mediodía
mañana un alma llorará por ti!

Un suspiro

Ayer alegre reía
al mirar en torno mío,
y era porque no veía
que aquella dulce alegría
era un loco desvarío.

Hoy bajo la vista a ver
de mi corazón el fondo
donde se anidó el placer,
y escucho dentro nacer
un suspiro triste y hondo.

Suspiro que al aire vuela
y abrasa el pecho al salir;
suspiro que desconsuela
y que nuestro aliento hiela
cuando le vemos huir.

-¿A dónde tu vuelo sube,
gemido del corazón,
que ayer dentro de mí tuve?...
¡Vas a donde va la nube!...
¡Vas a donde va el turbión!

¡A dónde van las canciones

del que gime en hondo anhelo!...
¡Dónde van las oraciones!...
¡Dónde irán los corazones
a calmar su desconsuelo!...

Vas a donde va el amor...
vas a donde va el placer...
y la dicha... y el dolor...
donde mi profundo ardor
en hielo se ha de volver...

Eco del pesar impío,
dejas de este mundo el lodo,
y vuelas, suspiro mío,
a perderte en el vacío,
¡dónde se ha de perder todo!...

Eso es nuestra vida amada:
una flor que agita el viento,
una nube sonrosada,
una esperanza, un lamento...
y al fin del camino... ¡nada!

Castro-Urdiales. 1869.

Recuerdos

I

De aquella tarde que juntos
por las orillas del mar
íbamos los dos alegres
mirando su inmensidad
y te dije de mi alma
el hondo y amante afán
mientras dulce y sonriente
mostrabas tu hermosa faz...
¡Ay, ilusión de mi vida!...

¿A que no te acuerdas ya?

II

De aquella noche que juntos
fuimos al templo a rezar
donde mil luces te daban
su resplandor celestial
y brillabas cual la Virgen
que estaba sobre el altar...
De aquella noche en que, loco,
tu semblante angelical
contemplaba extasiado,
pensando en ti, nada más...
¡Ay, ilusión de mi vida!...
¿A que no te acuerdas ya?

III

De aquella triste mañana
en que tuve que marchar
y me apretaste la mano
con hondo y ardiente afán...
¡Ay, qué triste estaba el cielo!
¡Qué triste estaba la mar!
¡Qué triste estaba mi alma,
que te iba a perder quizá!
¡Qué amargamente lloré
sin que me vieras llorar!
De aquel momento, alma mía,
¿a que no te acuerdas ya?

IV

Del pañuelo que agitabas
al ver el coche marchar
que me alejaba de ti,
¿podré olvidarme? ¡Jamás!
¡Qué dulce adiós era el tuyo!
¡Con que cariñoso afán
hasta perderte de vista

te vi el pañuelo agitar!...
De esos hermosos instantes
que en mí no se borrarán...
¡Ay, alma del alma mía!
¿A que no te acuerdas ya?...

Madrid. 1868.

Brindis

Brindo por nuestra dicha...
Brindo por el placer...
Llenas están las copas...
Apurémoslas bien.

La vida es un momento
que ya no ha de volver...
entre amargura y pena
pasar no le dejéis.

¡Ved que por cada gota
que quede sin beber,
una doliente lágrima
mañana verteréis!

Septiembre. 1869.

Al horizonte

¿Qué dices tú, magnífico horizonte,
que entre el mar y los cielos se dilata?
Absorto miro desde el alto monte
tu línea inmensa de brillante plata.

La miro absorto; pero nunca llega
mi mente a comprender tan hondo arcano...
Si un límite a la vista se despliega,
¿por qué no le halla el pensamiento humano?

Día tras día, sobre la alta roca
que baila el hondo mar, en son doliente,
cuando ya el sol las frías aguas toca
del último confín del Occidente.

En vértigo febril mi alma intranquila
a ese espacio frenética se lanza,
donde no llega la mortal pupila,
donde tan sólo el pensamiento alcanza.

Cuando airados irrítanse los vientos
agitando las olas de los mares,
al acercarse a ti miran contentos
los pobres marineros sus hogares.

En las tardes tranquilas y serenas
aquel que vuelve a su país querido,
al llegar junto a ti ve las arenas
de la playa feliz en que ha nacido.

¡Grande eres siempre! Brame el ronco trueno
que el espumoso piélago alborota...
que el mar eleve de su hinchado seno
las turbias aguas con que al cielo azota.

¡El alma que ayer loca te buscaba,
hoy ve, al mirar tu espléndida grandeza
donde la pobre humanidad acaba,
donde la oscura inmensidad empieza!

Castro-Urdiales. Agosto de 1869.

La partida

I

Ya la tarde va cayendo,
ya se va apagando el día,
ya tristemente las olas
sobre la arena suspiran.
Cuando ese sol que se oculta
entre mil nubes rojizas
brille mañana en Oriente
del alba con la sonrisa,
piensa que tras esos montes
que se alzan al Mediodía,
pensando en ti se irá aquel
que por ti diera la vida...
Voy a partir... mas, no llores,
no llores, amada mía...
¡Porque me arrancas el alma
cada vez ¡ay! que suspiras!

II

Ya es alta noche. Tan sólo
las olas tocan la orilla:
todos duermen mientras yo,
de dolor el alma herida,
desde mi balcón contemplo
el mar que tranquilo gira.
Espesa lluvia descende;
débilmente el viento silba...
¡Ay qué triste está la playa
que me dio tanta alegría!...
¡Qué tristes están mis ojos,
que entre lágrimas la miran!
Mas... ¿ese rumor?... ¿Qué escucho?
¿Quién a mi lado suspira?...
¡Ay! ¡Es ella! En su ventana
también insomne se agita...
¡Cómo pasa el tiempo, hermosa!...
Cuando el alba con sus tintas
las olas del mar inunde
de esta playa, amada mía,
me partiré... Mas, no llores...

que me arrancas ¡ay! la vida...
¿Por qué tarda tanto el alba,
aumentando mi agonía?

III

Ya va naciendo la aurora...
Ya el Oriente se ilumina...
Ya el coche para a la puerta...
Ya el momento se aproxima...
¡Adiós, hermosa! Te dejo
porque la suerte me obliga.
Cuando sientas que las olas
murmuran, párate a oírlas
y en cada acento que exhalen
te darán memorias más...
Y si a encontrarnos volvemos
en el azar de la vida,
volveré a estrechar tu mano
y a contemplar tu sonrisa...
Si no.., te veré en mis sueños
como esperanza perdida...
¡Adiós!... ¡Adiós!... ¡Sé dichosa!...
¡Adiós!... ¡Que ya brilla el día!

El naufrago

A la expirante lumbre del sol que triste brilla,
perdiéndose a lo lejos se oculta ya la orilla
que nuestro débil barco dejando a popa va;
bullentes ya las aguas, nuestro costado azotan; agítanse
las velas que al blando impulso flotan
del viento que mañana tal vez las llevará.

¡Así la humana vida
marchando va de huida,
ya en hórrido quebranto,
ya en plácido gozar!
¡La misma brisa vaga,

que en el nacer le halaga,
mañana entre hondo llanto
la habrá de arrebatarse!

Ya sólo se divisa la cima de alto monte...
¿Qué dice aquella nube que vela el horizonte
dejando ya los mares en honda oscuridad?
¿Por qué las aves chillan en torno de la nave?
¿Por qué las olas cruzan en son doliente y grave?
¡Es que a nosotros llega la negra tempestad!

Ya se perdió la orilla...
Cual mísera barquilla,
del viento arrebatados,
hendimos ya la mar...
¡Tal vez de mi tormento
acalle el sufrimiento
el mar que los costados
del buque hace temblar!

Yo en pos de amor y gloria crucé la tierra en vano
y vi que en esta cárcel que mora el pobre humano
la gloria es sombra leve, mentira es el amor...
Yo quiero sentimientos que el alma triste anhela.
¡Por eso yo sonrío cuando la suelta vela
los vientos arrebatan con hórrido fragor!...

¿Qué importan huracanes?
¡Más fuertes mis afanes
eran cuando llenaba
mi pecho la ambición...
cuando soñando un cielo,
para saciar mi anhelo,
pobre y mezquina hallaba
del mundo la región!

¡Ya sólo anhelo horrores! El piélago espumante
rugiendo en sus abismos al resplandor brillante
del rayo que desgarrar la sombra del terror,
intenta sumergirnos en su bullente seno,
y al estridente ruido del hondo y ronco trueno
entre su horror sublime rebrama en derredor!

¿Qué es mi bajel? ¡Madera!

Que se alce en la ladera
o forme pobre nave,
madera siempre es...
No dejó nada... El viento
me arroja al mar violento...
¡Ya en él me hundí! ¡Quién sabe
lo que vendrá después!

Cuando después el cielo pintaba el nuevo día,
y en el risueño Oriente la aurora se extendía,
vertiendo en los espacios su límpido fulgor,
había un cuerpo inerte en medio de las olas...
los peces le azotaban con sus movibles colas...
las olas en su rostro rompían su fragor.

1868

Día sin sol

Sombrío está el firmamento:
ni una ráfaga de viento
mueve las hojas del árbol
que se columpiaba ayer...
Ni un eco hiere mi oído,
ni un ¡ay! del dolor nacido...
ni un suspiro de placer.

Ni el más pálido rielo
nos manda el sol desde el cielo;
por todas partes la tierra
cubierta en sombras está...
¿Por qué el sol vela su llama?
¿Por qué el huracán no brama
o el trueno no rompe ya?...

Parece el mundo una tumba;
mas no, que aquí no retumba
ni un eco de la esperanza
ni del recuerdo que huyó...
Reflejo de mi conciencia,

le cubre una indiferencia
como la que siento yo.

¡Da miedo esta vida inerte!...
¡Estar viviendo en la muerte
como materia insensible
que arrojada a un valle fue!...
¿Qué es de este modo la vida?...
Sólo una hoja caída
de un árbol gigante al pie.

Y en esta sombría calma,
entre sollozos el alma
contiene su vivo impulso
y abate su frenesí...
¡Oh, fatal, impía suerte!...
¡A la vida o a la muerte,
salgamos pronto de aquí!

1869

A una mujer

Quiero volver atrás mi pensamiento,
quiero volver mis ojos al pasado
y recordar las horas de contento
que tranquilo y feliz pasé a tu lado.
Fugaces resbalaron como el viento...
de ellas sólo un recuerdo me ha quedado,
que con su luz resplandeciente dora
mi triste soledad, aterradora.

Quiero dejar, siquiera un sólo instante,
esta mortal indiferencia fría
y despertar al corazón, que amante
en la ventura ayer se adormecía.
Solitario y cansado caminante,
más abatido me hallo cada día...
¡Nada amo! ¡Nada espero! Siempre inerte
viviendo estoy la vida de la muerte.

A carcajadas calmo mis dolores...
Con brindar y beber mato mis penas...
Así miro pasar estas mejores
horas de juventud de vida llenas.
¡Ay! Del festín tan sólo los rumores
encienden ya la sangre de mis venas,
y dejo al corazón dormir en calma...
y crece más la soledad del alma...

Mas, como un rayo do la luna bella
rompe las sombras de la noche oscura,
así en mi mente límpido destella
el recuerdo feliz de tu hermosura...
Tú eres, bella mujer, la pura estrella
que en mi alma brilló con más dulzura...
Tú eres la hermosa flor de mi camino
a la que más encantos dio el destino.

¿Por qué te amé, si todo al fin se acaba?
¿Por qué te amé, si hasta el amor perece?
¿Por qué el alma que tanto te adoraba,
rendida a su dolor no desfallece?...
¿Dónde fue la ventura que gozaba
al adorarte ayer? ¡Ay! ¡Me parece
que vuelvo a contemplar tus labios rojos,
que vuelvo a ver el brillo de tus ojos!

A la luz de la luna brilladora,
en las calles de plácida alameda,
al lado de la mar que bullidora,
su voz une al rumor de la arboleda,
vuelvo a verte feliz y encantadora,
y en éxtasis el alma ante ti queda,
cual marino que mira entre el celaje
la primera alborada de su viaje.

¿Te acuerdas ¡ay! cuando al morir el día
tras los lejanos mares de Occidente,
de las olas la plácida armonía
íbamos a escuchar atentamente?...
Tus cabellos el céfiro movía,
y a su paso halagaba tu alba frente...
Tus ojos dirigían su mirada
del mar por la llanura dilatada.

Tú sonreías, y con dulce encanto
yo en tu sonrisa mi ventura hallaba...
¡Cuánto yo entonces te adoraba!
¡Cuánto mi pecho ardiente en su pasión gozaba!...
La tarde con sus nubes de amaranto
el espacio al morir iluminaba,
y allá, desde su lecho de colores,
te daba el sol sus últimos fulgores.

Y dejando la tierra en alto vuelo,
subíamos allá donde no llega
la mente de los hombres, donde un cielo
de placer ante el alma se despliega...
Donde la gloria vierte su rielo,
en cuya luz el corazón navega
tranquila y dulcemente arrebatado
como en un mar del céfiro halagado.

¡Todo al cabo pasó!... Como perdido
caminante en la arena de un desierto,
por este mundo marchó... ni un latido
de amor me agita el corazón ya yerto.
En las negras tinieblas del olvido
el alma ayer gozosa se ha cubierto...
Nada espero del día de mañana,
y ni el recuerdo del ayer me afana.

Mirando unas secas flores,
pobres recuerdos de amores
que tú me diste al partir,
suelo calmar mis dolores,
suele el corazón latir.

¡Oh, marchitas flores mías,
que visteis mis alegrías!
¿Por qué tanto os miro yo?
Porque sois cenizas frías
de una ilusión que murió.

Al amor sigue el quebranto;
a la dicha, el desencanto;
la pena al placer persigue,
¡y al ruido del festín sigue

mi última gota de llanto!

Duerme el mundo en derredor;
aún el confuso rumor
de la fiesta mi alma siente,
y mi enardecida mente
vuelve a pensar en tu amor.

Y como fresco rocío
que cuando el alba riela
cae sobre el campo sombrío,
así al yerto pecho mío
tu mirada le consuela.

¿Viste el sol, al expirar,
melancólico dorar
la playa en su dulce lumbre,
y las olas de la mar,
y del monte la alta cumbre?

¿Y hundirse en la mar undosa,
entre nubes de oro y rosa,
mil fulgores esparciendo,
y con su luz deteniendo
la noche que llega umbrosa?...

Así tú, astro divino,
con tu fulgor peregrino
inundas el alma mía,
aclarando la sombría
soledad de mi camino.

Dicha, ventura, bienestar, amores,
triumfos, aplausos, glorias y placer,
coronas de oro, de laurel y flores,
encantadoras auras del poder.

Honores, ilusiones y riqueza,
perlas, tesoros, olas de zafir,
misterioso crepúsculo, belleza
de la tarde que a ocaso va a morir.

Céfiro blando, alegre devaneo
de la bella y lozana juventud,
el ruido de la orgía y el mareo
que dan al corazón grata inquietud.

Aurora que despierta los sentidos
a la suave brisa matinal,
vírgenes labios, rojos, encendidos
al fuego ardiente que el amor les da.

Fama, esperanza, sueños, alegrías,
goces, mujeres, oro y esplendor,
de los mares las roncadas armonías,
dulces miradas de divino ardor...

Junto a tu amor ¿qué son ese contento,
esa ventura, ese mentido afán?...
¡Humo que a disiparse va en el viento!...
¡Torrente que a morir desciende al mar!

Más poesía tu mirada encierra
que las puras auroras del abril;
más que la dulce lumbre que a la tierra
manda la luna en resplandor sutil.

Más que el inmenso cielo cuando arde
con la esplendente luz del mediodía;
más que el blanco lucero de la tarde
cuando se acerca ya la noche umbría.

¿Y a dónde todo ha ido? Tu mirada
aún brillará con su celeste ardor,
bella mujer... ¡pero estará apagada
la llama intensa de tu ardiente amor!

Vuelve otra vez a arder mi pensamiento,
al huracán de tu pasión llevado...
Entrecortados ayes salir siento
del pobre corazón que has despertado.

Y entre el sopor de la materia inerte,
late convulsa el alma sollozante,

como late la vida entre la muerte,
de la agonía en el fatal instante.

Tú fuiste para mí verde palmera
que en desierto camino se levanta,
movida por el aura placentera
que su tranquila soledad encanta.

Fatigado llegué bajo tu sombra,
donde no alcanza el mundanal murmullo,
y en dulce calma, sobre verde alfombra,
me adormeció tu misterioso arrullo.

De tus palmas la mágica armonía,
suave en mis sentidos resbalando,
hechizó con su encanto el alma mía,
de dicha inmensa el corazón llenando.

Y descorriendo un velo ante la mente,
al concierto feliz de mil rumores,
la gloria me enserió resplandeciente,
llena de luz, de aroma y de colores...

La luz del alba ya me causa hastío;
miro brillar el sol y me da enojos...
quiero dar un consuelo al pecho mío,
y lágrimas no salen de mis ojos.

¡Oh, desengaño! Las pasadas horas,
la alegría, la gloria y la ventura,
las visiones de amor encantadoras,
los sueños, el placer y la dulzura...

¡Todo murió! ¿Por qué no olvida el alma
si en los recuerdos hallará el tormento?
¿Por qué si pierde su tranquila calma
vuelve la vista atrás el pensamiento?

¿Por qué sufrir? ¡Adiós, mujer hermosa,
aurora del abril, brillante flor,
aura sutil que leve, vagarosa,
ayer volaba por mi frente!... ¡adiós!

Si te acuerdas de mí, brille serena
de tu mirada la esplendente luz...
no empañe nunca su fulgor la pena...
placeres te dará la juventud.

No caiga el llanto entre tus labios rojos
que encendían ayer mi frenesí;
no velen tristes lágrimas tus ojos...
¡Voy a olvidarte! ¡Olvídame tú a mí!...

¡Antes es nuestra ventura...
no llores! Los dos riemos;
vamos tras la dicha;
vamos de ese torbellino en pos.
Encubra nuestra memoria
el olvido más profundo...
¡A gozar! ¡Mañana el mundo
nos olvidará a los dos!...

Ante una tumba

I

¡En ti concluye la miseria humana!
La dulce dicha que al mortal afana,
la gloria y el amor,
átomos son que lleva raudo el viento,
¡y que van a perderse en un momento
de una olvidada tumba entre el verdor!

Como del árbol caen las hojas secas,
así caerán en esas tumbas huecas
los que hoy riendo están
y los que gimen entre amargo llanto...
¡Que si en ti del placer muere el encanto,
también en ti las penas morirán!

II

En ti se acaba el padecer del hombre...
En tu sola mansión se olvida el nombre
del que al mundo asombró...
¿Por qué hay locos que van tras de la gloria,
si muere del pasado la memoria
como el humo que el aire arrebató?...

Nuestra pobre existencia va de huida...
¡No hay que contar las horas de la vida...
que todas pasarán!...
Dure el placer siquiera una mañana...
¡Las ilusiones de la vida humana
cuando la tarde muera, morirán!

Madrid. 1869.

